

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La emisora clandestina

De pronto, aparece una emisora clandestina instalada en un barco fluvial que recorre el río Mississippi lanzando consignas y gritos de esperanza a los negros estadounidenses. De uno en uno, engañar a un negro es tarea de titanes, pero engañarlos a todos diciéndoles que se va a poner en marcha un estatuto llamado «Negroes Rights» (Derechos de los Negros) parece un juego de niños. La oferta que se emite es tentadora y no tiene nada de extraño que veinte millones de negros estadounidenses escuchen con devoción las consignas de la emisora clandestina… El éxito de la emisora parece estar garantizado. Solo hay una pega: ¿qué pintan las armas en un proyecto tan noble y razonable como pretender que los negros tengan los mismos derechos a la vida y a la felicidad que los blancos o cualquier otra etnia?



Lou Carrigan

La emisora clandestina

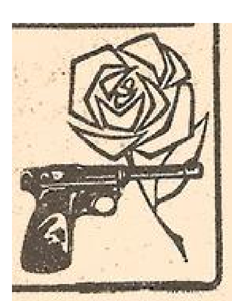
Brigitte en acción - 76

ePub r1.0
Titivillus 27.06.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Habla luna llena, y se veían las siluetas de muchos de los barcos que viajan por el Mississippi. Los «boats», como siempre se les había llamado.

La mayoría de ellos eran de carga. Los pasajeros habían descubierto, tiempo atrás, que hay métodos mucho más rápidos para desplazarse de un lugar a otro. Y bien sabido es que los humanos, capacitados para caer en cualquier clase de pecado, habían aceptado el octavo, impuesto por la era, el tiempo, la civilización: la prisa. Nueva York a Los Ángeles, poco más de ocho horas; a veces, incluso menos. Chicago a Miami, apenas cinco horas. Las Vegas a New Orleans, un tiempo parecido… ¿Por qué perder tiempo de vida viajando, a la espera del acontecimiento que impele a uno a viajar? Un pasaje de avión, y… *voilá!*, en pocas horas se está en el sitio elegido.

Por eso, los barcos del Mississippi se dedicaban primordialmente a carga. Cualquier clase de carga. El Viejo Río, como todavía se le llama. El Viejo Río, que tiene sus canciones, su folklore propio, su ambiente tan específico, tan inconfundible…

En Baton Rouge, a unas sesenta millas de Nueva Orleans, se suele hacer una corta escala durante el descenso. Conviene descansar, estar fresco para el momento final, para la llegada, para la descarga y luego la carga, de modo que se llevan productos río arriba.

En Baton Rouge hay un aceptable puerto fluvial, que cumple muy bien su cometido. Los muelles se ven siempre atestados de cajas, o sacos, o enormes cajones de maquinaria. Luego, se ven los «boats». Después, el río, de un tono sucio, pero brillante de luna y de luces de los barcos, de lanchas, de pequeñas embarcaciones. Y se oyen sirenas y algunos gritos, muchos de ellos en un extraño francés lamentablemente deformado… Se oyen risas de marinos, protestas

de chicas. Se huele a maquillaje, a *whisky*, a ron y a vino…

Es la clase de puerto fluvial que suele tener… mucho ambiente. Hay donde escoger: la chica que busca… compañía; el negro que busca trabajo; el golfillo que espera su oportunidad de conseguir algo; el marino blanco que se emborracha espantosamente… Hay ambiente.

Y, sin embargo, aquella mujer no parecía prestar mucha atención a estos detalles tan interesantes.

Estaba entre unas cajas, con la clarísima actitud de quien no quiere ser vista. Se había acuclillado, de modo que se veían perfectamente sus espléndidas piernas, casi hasta las ingles. Lo cual no tenía la menor importancia, puesto que estaba sola allí. Sola… y bien escondida.

En sus bellas manos, pequeñas y elegantes, tenía un extraño aparato. Una caja de baquelita, de seis pulgadas de largo y apenas cuatro de anchura. Como superficie, un cristal. Y bajo ese cristal una placa blanca, sobre la cual destacaban los números, en tono fosforescente, y también una aguja indicadora, igualmente fosforescente. Del extraño aparato brotaba un levísimo sonido intermitente. Una especie de bip-bip-bip que parecía no fuese a tener fin. La aguja se mantenía inmóvil, señalando el número cero.

Y esto no parecía gustar a la mujer. Más bien, parecía decepcionarla, desilusionarla.

Dejó de mirar el indicador luminoso, para volver sus ojos, por entre dos grandes cajas de embalaje, hacia el barco que, evidentemente, llamaba su atención. Se veía su nombre a la luz mortecina de los muelles. Se llamaba *Little Boat*. No era ni grande ni pequeño, ni viejo ni nuevo… Un barco más de los anclados en las fangosas orillas del viejo río, en Baton Rouge.

O al menos eso parecía.

El aparato no mentía jamás.

La mujer suspiró, desalentada. Llevaba una pequeña radio a transistores colgando de un hombro, en bandolera. La puso en marcha, y, contra lo que era de esperar, contra lo que era normal, no se oyó música, ni noticias locales, ni programas informativos nacionales. No se oyó absolutamente nada. Al parecer, aquella radio a transistores también era bastante rara.

Pero aquella mujer tenía todavía otro aparato más, del tamaño

de un paquete de cigarrillos. En un lado de este aparato había un botón diminuto, y lo apretó con un dedito, suavemente.

En el acto, una voz tenue brotó de aquel último y más sorprendente aparato:

—Estamos a la escucha. ¿La ha localizado?

—No.

—¿Dificultades?

—Ninguna. Es solo que el detector no indica la presencia de la emisora. Me pregunto si no nos hemos equivocado de barco.

—Imposible —se oyó protestar al hombre—. Completamente imposible. Se trazaron las coordenadas de un modo inflexible, meticulosamente. No hay margen de error. Ese es el barco: el *Little Boat*. Es de suponer que hoy están retrasando su emisión de… programas especiales.

—Es posible. ¿El trabajo fue realizado por expertos de absoluta confianza?

—¡Naturalmente! Durante cuatro días, el *Little Boat* ha estado navegando Mississippi abajo. Simultáneamente, cuatro equipos detectores han estado siguiendo la misma ruta, por tierra firme. Las coordenadas han coincidido.

—Quizás otro barco que navegaba cercano al *Little Boat*…

—No. Eso también fue comprobado. La emisora está ahí, en el *Little Boat*. Localícela.

—Está bien. Tendré paciencia.

—¿Necesita ayuda? Cualquier cosa que…

—No, no… Me basto yo sola.

—¿Dónde está ahora? ¿A qué distancia tiene al *Little Boat*?

—Unos… cincuenta pies. Estoy muy cerca de él, como ve. Me hallo entre una pila de cajas. Delante, tengo un montón de sacos de no sé qué cosa. Lo menos hay trescientos. Imagino que están esperando ser embarcados, para ir río arriba… o abajo, cualquiera sabe. No corro ningún peligro.

—Eso lo sabemos. Se trata solamente de que recurra en todo momento a la máxima discreción. Este asunto de la emisora es demasiado importante.

—Me doy cuenta. Llamaré más tarde. Creo que voy a acercarme más al barco.

—Tenga cuidado. Insisto en que la emisora tiene que estar ahí.

—*Okay*… Hasta luego.

La mujer cortó la comunicación, guardó la pequeña radio en un maletín, y se incorporó. No se veía a nadie por allí cerca, pero estuvo no menos de medio minuto mirando muy atentamente a todos lados, también muy atento el oído. Por fin, salió del escondrijo que formaban las grandes cajas, y se acercó a las altas pilas de sacos, que casi llegaban al borde del muelle… También ella llegó allí. Se detuvo, se apoyó en unos sacos y volvió a poner en marcha el aparato del cuadrante con números luminosos. Tenía el *Little Boat* a veinte pies escasos… Y el aparato seguía sin emitir más sonido que aquel monótono bip-bip-bip-bip…

Lo cerró, sacó unos prismáticos del maletín, y enfocó con ellos el barco. Lo vio todo muy oscuro. Sin embargo, tras apretar un botoncito lateral, pareció que el interior de los prismáticos se llenase de luz, de tal modo que la imagen recogida quedaba allí iluminada con la misma intensidad que si fuese de día.

Bien… No se veía nada importante sobre la cubierta del *Little Boat*. A decir verdad, no se veía nada. No había nadie. El barco estaba en reposo, evidentemente. Quizás estaban esperando al amanecer para cargar algo, con destino a…

—¿Qué hace aquí? ¿Qué está buscando? ¿Quién es usted?

La áspera voz del hombre tensó a la mujer durante una fracción de segundo. No la sobresaltó. Solo la tensó, la alertó.

Bajó lentamente los prismáticos y volvió la cabeza hacia el inesperado compañero de paseo por los muelles, un negro grandote, ancho de hombros, vestido con unos «blue jean» y un grueso jersey de cuello alto.

La mujer sonrió dulcemente al negro que hacía tantas preguntas.

—Estaba paseando. Me llamo Marguerite.

—¿Qué tiene en las manos? ¿Qué es eso…? Unos prismáticos, ya veo… ¿Qué estaba mirando hacia el *Little Boat*?

La mujer volvió a sonreír.

—No miraba hacia ese barco, señor —dijo amablemente.

Pareció sobresaltarse mucho cuando oyó el chasquido. Y quedó como paralizada de espanto, pegándose a la pila de sacos, cuando la navaja mostró su brillo en la mano derecha del negro.

—Usted estaba espiando el barco —dijo este—. Camine. Vamos a subir a bordo, y le dirá al capitán McCawly qué estaba mirando…

Se lo dirá a él.

—No estaba mirando nada, señor. No quiero subir a ese barco, no me interesa. Déjeme, se lo ruego… Quiero seguir paseando.

El negro adelantó la navaja, hasta que la punta quedó apoyada en el vientre de Marguerite.

—Es mejor que vaya hacia el barco, mujer —susurró secamente —. Yo sé que estaba mirándolo. Camine, o…

Y entonces, lo sorprendente.

Marguerite se ladeó, al mismo tiempo que su mano derecha descendía velozmente hacia la del negro, golpeando de canto en la muñeca. La navaja saltó, girando, emitiendo sombríos destellos. El negro quiso alzar la otra mano, dispuesto a soltar un terrorífico golpe, pero la mano izquierda de Marguerite dio, también de canto, en su garganta, en un golpe seco, que pareció suave, sin importancia. Pero el negro emitió un fuerte ronquido, sacó la lengua, se llevó las manos a la boca, se tambaleó… El siguiente golpe lo recibió sobre la nariz, con tal fuerza que fue lanzado de espaldas contra la pila de sacos contigua. Un golpe en el estómago, siempre con la mano de canto, lo dobló hacia delante, y el último trastazo, en la gran cabezota, lo hizo caer de rodillas.

Con aquellos golpes, una persona normal habría quedado poco menos que muerta.

Pero el negro era un coloso, no tenía nada de normal. Apenas sus rodillas tocaron el suelo, y aprovechando el momento de confianza de Marguerite, saltó hacia delante, y sus manos se crisparon en el dulce cuello femenino. Unas manos enormes. Con una sola de ellas había más que suficiente para romper el blanco cuello de la mujer, que al querer esquivar la presa cayó de espaldas.

Y, sobre ella, el negro, jadeando, chorreando ahora sangre por la golpeada nariz. Las manos del gigante de ébano iban a efectuar la presa mortal, el apretón brutal que pondría fin a la vida de Marguerite. Pero las manos de esta, tanteando por el suelo, encontraron la navaja.

Brilló de nuevo el acero, en un arco largo, que se quebró al llegar a la garganta del negro. La navaja se hundió allí como un hierro al rojo se hundiría en una pella de manteca. Por un instante, el gigantesco negro quedó inmóvil. Y en ese instante Marguerite volvió a clavarle la navaja, ahora en un costado, con más fuerza que

antes.

El negro había abierto la boca y mucho los ojos, que parecían dos bolas blancas en la oscuridad. Apenas exhaló un gemido cuando la navaja se clavó por tercera vez en su cuerpo. Empezó a caer hacia un lado, y Marguerite lo empujó, quitándoselo de encima…

Y como el negro todavía se movía, le clavó la navaja otra vez, fríamente, sin piedad, sin contemplaciones.

El negro dejó de moverse. Dejó de vivir.

Marguerite se puso de rodillas, jadeando todavía por el esfuerzo realizado. Miró a todos lados, pero, según parecía, nadie había visto nada. Recogió los prismáticos y volvió a mirar con ellos hacia la cubierta del *Little Boat*… Tampoco allí había movimiento de ninguna clase.

Una sirena se oyó en el río, hacia arriba, anunciando la llegada de un barco.

Marguerite tiró la navaja al agua. Luego, le quitó el cinturón al negro, y ató un extremo a su garganta. Derribó uno de los pesados sacos, lo arrastró hacia el borde del muelle, y acto seguido, tirando de una mano, llevó hasta allí al negro, siempre mirando a su alrededor, alerta, sin desperdiciar ni un solo movimiento, ni un solo esfuerzo, ni un solo segundo. El otro extremo del cinturón lo ató a una de las orejas del saco, fuertemente. Luego, empujó al negro hacia el agua… Y todavía estaba cayendo cuando empujó también el saco. Se oyó un chapoteo algo fuerte, inesperado, pero que muy bien podía confundirse con el deslizarse del agua, con cualquier sonido normal…

Marguerite volvió al lugar donde se había desarrollado la pelea, recogió sus cosas, y volvió a esconderse detrás de las cajas, algo más lejos del borde del muelle. No estaba alterada en lo más mínimo, ni asustada, ni impresionada… Acababa de matar a un hombre de varias cuchilladas, y estaba tan tranquila como si se hubiese tomado un vaso de leche.

La única conclusión que había sacado de todo aquello era que debía tener más cuidado, no acercarse tanto al *Little Boat*. No, al menos, en actitud que pudiera llamar la atención a sus tripulantes.

Volvió a enfocar los prismáticos hacia el barco, utilizando la iluminación interior de los lentes. Ahora sí… Ahora sí veía a alguien. Dos hombres… Uno de ellos era negro. El otro, blanco, y

parecía estar dando algunas órdenes. Era alto, rubio, cabellos muy largos, rostro viril aunque un tanto adusto… Llevaba pantalones azules, camisa blanca y chaquetón azul. Una gorra azul y blanca. Por el modo en que hablaba parecía que era quien daba las órdenes allí. En cuyo caso, tenía que ser Stephen McCawly, el capitán del *Little Boat*, el barco que, según las coordenadas de localización, llevaba una emisora clandestina a bordo. Le vio dar una palmada en un hombro al negro, y volverse hacia la pasarela. Era muy alto, patilargo, de hombros anchos… Uno de esos tipos que debía de tener mucho éxito con las mujeres. Llegó a tierra firme y miró a derecha e izquierda, como disgustado.

Su voz llegó apagada hasta la mujer llamada Marguerite.

—¡Jones! —llamó—. ¡Jones! ¿Estás ahí?

Esperó unos segundos, y al fin encogió los hombros. Se alejó del muelle, con paso largo, elástico…, sin saber que estaba enfocado por los prismáticos luminosos.

Tampoco supo que cuando estuvo a suficiente distancia, la mujer salió tras él, abandonando el escondrijo de las grandes cajas de madera. Era evidente que él se dirigía hacia uno de los bares del muelle. Y no menos evidente que Marguerite iba tras él.

Cuando ella salió a la luz, su aspecto era el clásico de una de las muchachas del muelle que andan en busca de compañía… bien retribuida. Llevaba una falda de piel negra, a un nivel algo más alto de la mitad del muslo. Y un jersey rojo, muy apretado sobre el perfecto torso pujante, erguido, elástico. Encima, una chaqueta de color azul, de amplio vuelo, con grandes botones dorados. Y botas de piel, blancas. En los cabellos, dos flores, dos magnolias. Los cabellos muy sueltos, enredados… Una *hippy* perfecta. Y para acabar el conjunto que así la definía, una cadena de latón colgaba de su cuello, sosteniendo una campanilla… que no sonaba. En la mano izquierda, un maletín rojo, con florecillas azules estampadas.

Cuando pasó bajo una de las altas farolas cercanas a los bares, la luz dio verticalmente en sus grandes ojos azules. Luego, marcó su airosa silueta en el suelo, mientras caminaba decididamente detrás del hombre de los largos cabellos rubios, el que debía de llamarse, sin duda alguna, Stephen McCawly.

Este entraba poco después en un bar llamado Dusty River Snack. Marguerite se detuvo a prudente distancia, pensativa. Luego, tras la

súbita decisión, reanudó su gracioso caminar. Directo hacia el Dusty River, naturalmente.

Una chica *hippy* de su aparente profesión tenía motivos más que sobrados para entrar en un bar que, a no dudar, estaría lleno de marinos ansiosos.

Porque ya se sabe: las moscas van donde hay miel.

Capítulo II

Entró en el Dusty River caminando graciosamente, con un balanceo de caderas que atrajo inmediatamente las miradas de los hombres, e incluso de otras mujeres que pululaban por allí, algunas de ellas sentadas a las mesas, ya acompañadas, riendo.

También Stephen McCawly la vio, y un destello muy significativo pasó por sus ojos. Estaba sentado hacia el fondo del local, con otros dos hombres, que volvían la espalda a la puerta de entrada principal; al fondo había otra, más pequeña, que debía de dar a un callejón. Uno de los otros hombres estaba hablando animadamente, y McCawly, tras la experta mirada a Marguerite, volvió a atenderle, asintiendo con la cabeza.

Marguerite se dirigió a un taburete, se sentó, sin dejar de mirar a McCawly, y luego hizo girar el asiento, para quedar cara al mostrador, y al barman, que la saludó con una sonrisa ávida.

—Hola, Marguerite.

—Hola, pimpollo —sonrió ella—. Ponme algo de beber que sea fuerte.

—¿*Pernod*?

—Eso irá bien.

Marguerite volvió la cabeza un poco, para poder mirar de reojo a McCawly, el cual captó la mirada, sonrió y le guiñó un ojo. Marguerite sonrió muy profesionalmente, y luego se quedó mirando sus perfectas rodillitas.

De pronto, pareció recordar algo. Abrió su maletín, sacó de este un hilo eléctrico, blanco, con un diminuto auricular en un extremo y una clavija en el otro. Enchufó esta en la radio a transistores que llevaba colgando en bandolera, y se colocó el auricular en una orejita, con un gesto gracioso, volviendo a sonreír a McCawly. Al mismo tiempo colocaba la pequeña radio de modo que la parte que tenía un pequeño enrejado quedó orientada hacia la mesa donde

conversaban los tres hombres.

Para cualquier observador, la linda muchacha de la minifalda y los ojos pintados se dedicaba a escuchar la radio directamente, sin molestar a nadie. Pero, en realidad, el aparato no recogía ningún programa normal, sino que estaba captando, por el potentísimo y pequeño amplificador de la rejilla, la conversación de los tres hombres, que fue directamente al oído de Marguerite.

Una conversación interesante, pero ciertamente enigmática.

—¿… Seguro de que servirá? —preguntaba McCawly.

—Desde luego. Lo hemos elegido bien. Es un elemento notable en este puerto.

Los negros le escuchaban con gran atención.

—Bien… Espero que sepáis hacer las cosas.

—Hombre, Stephen, nosotros siempre trabajamos bien, lo sabes perfectamente.

—Lo sé. Y por eso os he contratado. Quiero un trabajo perfecto, sin que falle un solo detalle. Recordad que saldremos hacia las nueve de la mañana. Os he indicado ya la zona, de modo que yo pasaré con el barco cerca de ella. Vosotros dejadlo de modo que sea claramente visible.

—Descuida. Buscaremos un árbol junto a la misma orilla. Desde el barco se verá muy bien, sobre todo si te pegas a la orilla izquierda.

—Eso es cuenta mía, Cranston. Tú y Lester ocupaos de lo vuestro y hacedlo bien. Luego, desapareced. Supongo que está todo bien entendido.

—Claro.

—Pues entonces ya podéis largaros. Y mucho cuidado, porque si os ven después de haberos visto hablando conmigo, me complicaríais la vida… Y eso no me gusta. Nadie debe veros.

—Queda tranquilo.

—Ajá. Hale, largaos ya, que tengo ahí una nena que me está sonriendo hace rato. A ver si… nos entendemos.

Los dos hombres se levantaron. Marguerite volvió la cabeza, tras una última sonrisa a McCawly. El camarero estaba ante ella, a punto de servir el *pernod*. Pero la muchacha movió negativamente un dedito.

—Espera, pimpollo. Es posible que alguien me invite.

—Yo mismo, si quieres —sonrió el barman.

—¿Tú? —Rio Marguerite.

—¿Qué tendría de raro? Mi turno acaba a medianoche, encanto, de modo que podríamos pasear los dos.

—No me hagas reír, pimpollo.

—Eres una chica rara —masculló el camarero—. Hace ya cuatro o cinco días que vienes por aquí, y aún no te he visto ligar con nadie… ¿A qué se debe?

—A que soy muy exigente.

—¿De veras? —Sonrió el camarero—. Pues has escogido mala profesión para ser exigente, nena.

—¿Tú qué sabes, desgraciado?

Saltó del taburete, miró a los hombres que se dirigían a la puerta trasera, y de nuevo a McCawly, que a su vez la estaba mirando a ella.

Se acercó a la mesa y se plantó delante del capitán del *Little Boat*, inclinadas las caderas, un gesto provocativo en el busto, la mirada maliciosa.

—Hola, guapo —dijo—. ¿Me invitas a una copa?

—La habías pedido ya en el mostrador, ¿no? —Sonrió McCawly.

—Creí que no habría nadie digno de invitarme. Pero he visto que te quedabas solo, y… ¿No te aburres?

—Siéntate —rio McCawly—. Y dile al camarero que puede servirte aquí… ¿Cómo te llamas?

—Marguerite.

—¿Qué más?

—Marguerite. ¿Acaso no es bastante?

McCawly encogió los hombros.

—Supongo que sí —aceptó—. ¿Eres francesa?

Marguerite se había vuelto hacia el camarero, haciéndole una seña, y el muchacho llegaba ya con la copa de *pernod*. Ella lo probó ligeramente, y frunció el ceño.

—¡Y dice que esto es *pernod*! —protestó.

—¿Eres francesa? —insistió McCawly.

—Un poco.

—¿Un poco? —Se sorprendió él.

—Digamos que soy un poco francesa, un poco americana, un poco italiana, un poco canadiense… Depende.

—Depende… ¿de qué?

—De lo que convenga ser… ¿A ti te gusta que yo sea francesa?

—¡Me tiene sin cuidado! —Rio de nuevo McCawly.

—Entonces, ¿por qué haces tantas preguntas? ¿Acaso eres uno de la «poli»?

Esta vez, McCawly rio aún más fuertemente.

—¡Esta es buena! —exclamó—. ¿Te parece que tengo cara de policía, nena?

—Lo que me parece —sonrió ella— es que tienes cara de… de hombre. Me gustas. Y ya era hora.

—No te comprendo.

—Llevo unos cuantos días por aquí, y solo veo caras de bruto. Estaba ya pensando en marcharme de Baton Rouge. Creo que en Nueva Orleans las cosas me irían mejor.

—Seguramente.

Marguerite bebió otro sorbito de *pernod*.

—Tengo alquilada una habitación cerca de aquí —dijo.

—Oh… ¿De veras?

—Es una pocilga, pero hay que tener algún sitio adonde ir a dormir.

—Sin duda. Y apostaría algo a que tienes algunas bebidas allí. ¿Me equivoco?

—No… Claro que no. A veces me aburro, y entonces bebo unos tragos. Es aburrido estar sola.

—Muy aburrido —susurró McCawly—. Pero todo en esta vida tiene una solución. Precisamente hoy también yo me encuentro solo en Baton Rouge.

—¿Sí? ¿Y tus amigos?

—¿Esos dos que estaban en la mesa conmigo? Conocidos de otros viajes. Ellos siguen su camino y yo el mío… ¿Por qué no me invitas a tomar unos tragos en tu… pocilga?

—Bueno —dijo ella. Y se puso en pie.

Stephen McCawly la imitó, dejó unas monedas sobre la mesa y la tomó del brazo.

* * *

—¿De manera que esta es tu pocilga?

—Ya te lo advertí. Es un asco.

—No está del todo mal. Es confortable.

McCawly se sentó en la cama de hierro, con pies y respaldo forjado. Marguerite había dejado su maletín en un rincón, así como la radio a transistores, y se dirigía ahora a la mesita sobre la cual se veían algunas botellas y unos vasos.

—No me quedaré mucho tiempo aquí —dijo, mientras servía licor en dos vasos—. No me gusta Baton Rouge. En solo cuatro días ha tenido tiempo de aburrirme esta ciudad. No tengo hielo.

—No importa —dijo McCawly—. Supongo que vives sola en esta habitación.

—Naturalmente. Oye, ¿tú cómo te llamas?

—Stephen.

—¿Qué más?

—McCawly —rio él—. Ya ves, yo no ando con misterios, como tú… ¿Qué haces…?

Ella le tomó de una mano, lo hizo sentarse en el sofá, y tras recoger los dos vasos se sentó en sus rodillas.

—Yo tampoco tengo misterios… Mi nombre es Marguerite Vioule. Y soy canadiense, por si te interesa. Tú me gustas, Stephen.

* * *

—¿Te vas ya? —musitó Marguerite.

—Sí… Tengo que estar en el barco, porque no me fío de esa pandilla de gandules.

—En definitiva —suspiró ella—: otra vez tendré que pasar la noche sola.

—Pero no toda —sonrió McCawly—. Ya es bastante tarde.

—¿No quieres quedarte un rato más?

—Me gustaría, pero no quiero alejarme del barco. Además, salimos mañana temprano, y quizás haya que preparar algunas cosas; y llegaremos a Nueva Orleans mañana mismo, de modo que hay que preparar la descarga de todo… ¿Estarás aquí cuando yo vuelva río arriba?

—No lo sé.

—Me gustaría volver a verte —susurró McCawly—. Toma.

Marguerite se quedó mirando los billetes que le tendía el

marino.

—¿Me das dinero?

—Es para que compres más *whisky*, solamente. Ella movió negativamente la cabeza.

—No quiero dinero tuyo, Stephen. Ya me las arreglaré. Considera que te he invitado, eso es todo. Tú me invitaste en el Dusty River, y yo te he invitado aquí.

Estaba mirándolo fijamente, con expresión un tanto mortificada. Stephen McCawly parpadeó, no poco desconcertado. Quizá se estaba equivocando, pero lo que veía en aquellos hermosos ojos azules jamás lo había visto en ninguna chica de los puertos.

—Bien… Te agradezco la invitación, Marguerite.

—Y yo a ti. Ha sido muy agradable charlar contigo durante este par de horas.

—Claro —sonrió él—. Entiendo. Bueno, creo que te buscaré cuando vuelva río arriba…

—¿Cuál es tu barco? —musitó ella.

—El *Little Boat*. ¿Por qué? ¿Acaso estarás vigilando mi regreso de Nueva Orleans?

—¿Te molestaría?

—No. No, desde luego. Eres una chica… rara.

—¿Porque no acepto tu dinero?

—Supongo que es por eso.

—Pues no soy rara. Al fin y al cabo, no te he dado nada que pueda pagarse con dinero. Ya te digo que ha sido un… convite.

McCawly tenía fruncido el ceño, y miraba de un modo, extraño a la bella muchacha de ojos azules. Por fin, acabó de ponerse el chaquetón, y recogió su gorra.

—Hasta mi vuelta —dijo.

—Adiós, Stephen. Yo…

Él se volvió, junto a la puerta.

—¿Sí?

—Sé… sé que no vas a creerme, pero… —Había brillo de lágrimas en los azules ojos—, pero quisiera… no tener que decirte adiós. Ya sé que no me crees.

El marino regresó junto a ella.

—¿Por qué no? —musitó roncamente.

Se inclinó, la besó en los labios y abandonó la habitación que

Marguerite Vioule ocupaba en aquella pensión.

Marguerite esperó apenas diez segundos, se puso en pie, se acercó a la ventana, y estuvo mirando hacia la calle, hasta ver aparecer en ella a Stephen McCawly. Todavía esperó a que este desapareciera hacia el puerto. Entonces, abrió su maletín rojo con floreciflas azules estampadas, y sacó la pequeña radio de bolsillo. Apretó el botón de llamada.

—Adelante —obtuvo respuesta inmediata.

—He efectuado contacto con Stephen McCawly, pero, desde luego, no le he hablado de negros, ni de emisoras clandestinas. Creo haberlo convencido de que me he enamorado de él.

—¿Para qué todo eso?

—El detector no señala la presencia de la emisora a bordo del *Little Boat*. Por supuesto, es debido a que no funciona, en parte. Pero, lógicamente, debe de ser también porque mientras no está funcionando la deben de tener aislada, quizá con corcho, porcelana, cristal…

—Sea como sea, sabemos que esa emisora está ahí. No comprendemos su actitud de espera. ¿Por qué esperar?

—Porque Stephen McCawly no es más que un desdichado, que no podría dirigir jamás este asunto de la emisora clandestina. Está trabajando para alguien, y yo quiero saber quién es ese alguien, y qué se propone agitando a los negros por medio de esa llamada emisora N. R.

Lo que interesa siempre de la serpiente es la cabeza. La emisora «Negroes Rights», o sea, «Derechos Negros», está sirviendo el plan de alguien que por el momento desconocemos. Pues bien: yo quiero conocer a esa persona, y averiguar qué se propone exactamente.

—Bien… Si esa es su opinión respecto al asunto, proceda como le parezca más oportuno y conveniente. Supongo que tiene razón, y que no basta con apoderarnos de esa emisora clandestina, sino que hay que llegar al fondo de la cuestión.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—Es lo lógico, si usted está convencida de que Stephen McCawly no es el director de esta orquesta… ¿Qué le hace pensar en ello?

—Es listo, pero no lo bastante. Está perfectamente capacitado para dirigir un grupo de hombres, o un barco, desde luego. Pero siempre habiendo recibido órdenes, sabiendo por adelantado lo que

tiene que hacer. Es incapaz de inventar algo como la emisora «Negroes Rights».

—Entiendo. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Lo que haría cualquier mujer enamorada.

—¿Cómo dice?

—Manténgame localizada por el emisor en todo momento. Espero emprender pronto un viaje.

—Ah, ah, ah… Entiendo. Tenga mucho cuidado…

—No me queda más remedio, porque la cosa se pondrá un poco molesta cuando se den cuenta de que falta un hombre a bordo. Un tal Jones, creo que se llamaba. Me descubrió espiando por el muelle, y tuve que matarlo. Tiré el cadáver al río, bien lastrado. No lo encontrarán, desde luego, pero su desaparición quizá les inquiete.

—Sin duda. Pero no se preocupe: estará bien respaldada en todo momento… y en lo posible.

—Eso espero. Hasta la vista.

—Hasta la vista…, Marguerite.

La bellísima Marguerite Vioule rio quedamente y cerró el aparato, que colocó de nuevo en el maletín. Volvió a la cama, y se tendió en ella, quedando pensativa.

Llegó a dos conclusiones.

Una, que podía dormir cuatro horas.

Dos, que de ninguna manera había que desaprovechar el contacto que había efectuado con Stephen McCawly.

Capítulo III

Stephen McCawly entró en el camarote de Absalon Hunter, y movió la cabeza hacia arriba, en gesto interrogante.

—¿Qué? ¿Estás acabando la emisión de hoy?

—Sí… Estará lista para la hora en punto, desde luego.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Claro… Aquí está el borrador…

McCawly lo tomó, y se sentó en el borde de la litera, mientras Absalon Hunter se dirigía al ojo de buey, para mirar el río. Siempre que lo hacía recordaba la vieja canción de los negros, refiriéndose al Mississippi:

«Mi Viejo Río no me dice ná… Sus aguas pasan, y pasan,
y pasan… y ná más».

Una tonta canción, muy vieja, que le ocasionaba una sonrisa. ¿Acaso se podía esperar que un río dijera algo?

Absalon Hunter debía de tener unos treinta años. Era un negro alto, fuerte, hermoso, de frente muy despejada, ojos grandes, muy blanca la córnea. Su cuerpo era atlético, pero todos los rasgos de su rostro eran los de un intelectual, empezando por la despejada frente curvada; la mirada serena y expresiva, inteligente; su claro aspecto de pensador; su mirada un tanto soñadora…

—Absalon.

—¿Qué? —Se volvió.

—Esta emisión parece que va a ser demasiado suave —masculló McCawly.

—Sí, quizás… Pero no se me ocurre qué otra cosa puedo decir.

—¿No se te ocurre? Bueno, quizá yo pueda darte alguna idea… El proyecto es atacar a los blancos, ¿no es cierto? Verbalmente, se entiende. Ese es tu trabajo. Las emisiones están destinadas a tener

descontentos a los de tu raza.

—Cierto. Y ahí digo lo que se me ocurre para conseguirlo, ¿no?

—Has de ser más… contundente. Tus compañeros de raza precisan cosas más fuertes, que los… irriten más, que los subleven. Piensa en lo que estamos tratando de conseguir.

—No pienso en otra cosa, McCawly. Hay momentos en que lo veo factible. Pero en otros… —Movió la cabeza—. En otros, creo que estamos complicando las cosas, provocando algo que dará malos resultados… Trágicos resultados.

—En toda independencia mueren soldados. ¿Acaso tienes la esperanza de que en este asunto no muera nadie?

—Supongo que es inevitable —musitó Absalon.

—Por completo inevitable. Por tanto, cuanto antes ocurran las cosas, mejor. Más de cinco millones de negros están esperando tu emisión del día. Pues bien: ofréceles lo que necesitan para irlos inquietando, para ir metiendo en sus cabezas la idea central: independencia.

—¿Debo inquietarlos? ¿Cómo?

—Como sea.

—¿Me estás sugiriendo que diga mentiras?

—Las mentiras son necesarias a veces, Absalon.

—No por mi parte. Quiero la libertad absoluta de los negros, la completa independencia. Nuestro jefe me contrató para dirigir los… programas de esta emisora, y eso estoy haciendo. Pero no quiero mentirles a mis compañeros de raza.

Se volvió de nuevo para mirar el río. Se veía gris, con tonos de marrón. Sombrío, espeso, ominoso. El día era plomizo, tristón. Hacía apenas veinte minutos que el *Little Boat* se deslizaba río abajo, hacia Nueva Orleans…

—No se trata de mentirles realmente, sino de recordarles cosas que les hacen los blancos.

—Creo que es suficiente con llevar a sus conciencias que deben pedir, exigir sus derechos. No hace falta incitarlos a la violencia.

—¿Por qué no? Los blancos también somos violentos, ¿no es así?

—Yo quiero conseguir todo esto con palabras, McCawly, no con balas o cuchillos.

Stephen McCawly quedó unos segundos pensativo, fruncido el ceño.

—Bien… Creo que nuestro jefe no estará de acuerdo con eso, Absalon. Nos contrató para conseguir resultados. Por mi parte, si él consigue lo que quiere, me quedaré tan tranquilo, ya que, en el fondo, mientras tú ayudas a los negros, yo ayudo a los blancos. Es una alianza conveniente. Sin embargo, mi trabajo consiste en que quien me está pagando consiga los resultados que quiere. Y también ese es tu trabajo: soliviantar a los negros, rebelarlos, ir metiéndoles en la cabeza lo que tienen que hacer, lo que tienen que pedir.

—Eso hago.

—Pero muy mansamente. Tienes que indignarlos más, obligarlos a gritar a ellos con más fuerza, a reaccionar con fuerza. Piensa que conseguir la independencia no es cosa fácil. Vuestro sueño es demasiado grande para conseguirlo pacíficamente.

—McCawly, yo quiero esa independencia. No sé si podremos conseguirla o no, pero no quiero que, si dentro de unos años hemos conseguido el nuevo Estado Negro Independiente, haya sido con sangre. En Estados Unidos hay sitio para todos. Nosotros, los negros, vamos a pedir, todos a la vez, un Estado para nosotros. Es bastante razonable. Los indios tienen sus reservas, ¿no es cierto? Pues nosotros, los veinte millones de negros americanos, queremos también una reserva. Un Estado. Puesto que los blancos no nos consideran iguales a ellos, nosotros los dejaremos tranquilos, y ellos a nosotros, en nuestro nuevo Estado Negro, dentro de los mismos Estados Unidos. Pediremos los mismos derechos que los ciudadanos estadounidenses blancos, los ejerceremos en nuestro Estado… Pero no molestaremos a nadie con nuestra presencia. No tomaremos los mismos trenes, o barcos, o aviones… No iremos a los mismos cines, o bares o escuelas… Que nos den un Estado, una reserva. Pero de un modo serio y razonable, sin odio, sin sangre.

—Todo eso es muy bonito —sonrió sarcásticamente McCawly—. Pero las violencias ocurren cada día.

—Cuando así es, lo informo. Pero no para provocar más peleas… Simplemente los informo. Y cuando lo haga, no quiero que sea con mentiras. La emisión de hoy está bien. Es suficiente.

—Bien… —McCawly dejó los folios a un lado y se puso en pie—. Ya te entenderás tú con el jefe. No digas que no te… ¿Qué ocurre?

Se oían pasos precipitados afuera, en el pasillo.

La puerta del camarote se abrió de pronto, bruscamente, y un

marino apareció en ella, excitado y, al mismo tiempo, según parecía, no poco divertido.

—¡Capitán, tenemos un polizón a bordo!

—¿Un…? ¡Por todos los demonios! ¡Vamos a darle un buen escarmiento, Bowles!

Se precipitaron fuera del camarote, seguidos más sosegadamente por Absalon Hunter. McCawly apareció en la cubierta a toda marcha, dispuesto a divertirse. Realmente, la cosa no representaba ninguna gravedad. Más de una vez había encontrado en el barco vagabundos que adoptaban este sistema de viaje…

Solo que en esta ocasión la cosa era en verdad sorprendente.

Allí, en cubierta, tranquilamente entre dos marinos, sonriendo, estaba Marguerite Vioule, con su maletín rojo con florecillas azules en una mano. Con la otra saludó a McCawly, agitando los deditos.

—Hola, capitán.

McCawly estaba estupefacto.

—Marguerite… ¿qué haces aquí?

—Voy a Nueva Orleans.

—Sí, pero…

—Decidí continuar a tu lado, y me pareció que el mejor modo de hacerlo era viajar contigo… ¿Puedo quedarme… o me tiraréis al río?

—Mmmm… Bueno, está bien, muchachos, volved a vuestros trabajos. Tú ven conmigo abajo, nena. Tenemos que charlar.

—Stephen, no te enfades conmigo…

Lo miraba anhelante, muy abiertos sus bellísimos ojos azules. McCawly parecía no saber qué decir…, y no hizo falta que dijese nada. En aquel momento, una mano de Absalon Hunter se crispaba en su brazo, mientras la otra señalaba hacia la orilla izquierda, temblorosamente.

—McCawly —musitó. Todos miraron hacia allí.

Incluso Marguerite, que lanzó un gritito ahogado y se llevó una mano a la boca.

A muy poca distancia, en la orilla, se veía el cuerpo desnudo de un negro, colgando de un árbol.

—¡Parad las máquinas! —gritó McCawly—. ¡Carpenter, arría un bote! Iremos a ver qué ha pasado allí…

La atención de los tripulantes del *Little Boat* dejó de centrarse en

Marguerite. Absalon Hunter se había acercado a la borda, y miraba fijamente el cuerpo que oscilaba ligeramente de la cuerda que rodeaba su cuello. Las manos de Hunter estaban fuertemente clavadas en la borda, como si quisieran romperla.

—Dios mío… Es horrible…

Hunter volvió la cabeza, y su mirada se encontró con la de Marguerite. Los labios de la muchacha temblaban visiblemente.

—Sí. Es horrible, pero… frecuente. No es el primero que veo en este viaje. Me pregunto… me pregunto cuántos horrores se estarán cometiendo en este momento de los cuales no tengo noticias.

Marguerite le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Ha visto… más hombres colgados así…?

—Todos negros —musitó Absalon—. Este es el cuarto en este viaje desde lo alto del río.

—Es horrible… ¡Horrible!

—Es solo un negro —musitó Hunter, mirándola atentamente.

—¡Solo un negro! —exclamó ella—. ¿Y eso qué importa? ¡Es un ser humano que ha sido linchado…!

—¿Así piensa, realmente? —murmuró Absalon.

—¡Claro! Además, usted también es negro… ¿Cómo puede hablar así, cómo puede decir…?

—Me pareció que eso era lo que usted estaba pensando.

—No, no… ¡Claro que no! Para mí… para mí es lo mismo un negro que un blanco, señor…

—¡Absalon! —llamó McCawly—. ¿Quieres venir? ¡Lo vamos a descolgar!

El barco se había detenido, y había ya un bote en el agua, desde el cual McCawly hacía señas a Hunter. Este tenía fruncido el ceño, fijos sus inteligentes ojos en Marguerite.

—Voy a ayudarles —dijo.

—Yo también quisiera…

—No. Está desnudo, y… su aspecto no debe de ser precisamente agradable, visto de cerca. Quédese en el barco.

Se alejó hacia el punto donde esperaba el bote y saltó a él. Marguerite quedó apoyada en la borda. Junto a ella había algunos tripulantes del barco. Más allá había otro, solitario, que se dedicaba a encender parsimoniosamente un cigarrillo, haciendo chascar varias veces su encendedor. Estaba orientado hacia donde se veía

colgado al negro, desde luego.

Marguerite contuvo una dura sonrisa, y dedicó más atención al hombre. Era alto, de hombros muy anchos, cabellos color cobre y ojos dorados; su rostro, duro y áspero, mostraba una mueca hosca, como de continuo disgusto por todo… Acabó por fin de encender el cigarrillo, y se guardó el encendedor, mirando de reojo a ambos lados. Marguerite desvió rápidamente su mirada, hacia el negro colgado. Cuando volvió a mirar al hombre, este se había acercado un poco, y miraba, siempre con aquella expresión hosca, hacia la orilla, hacia el negro colgado.

El bote llegó a la orilla, y sus ocupantes saltaron a tierra firme, dedicándose inmediatamente a descolgarlo. El más activo era Absalon. Marguerite abrió su maletín, sacó los prismáticos y los enfocó hacia allí.

Vio primero el rostro crispado de Absalon. Luego, el del negro que había sido linchado. Y sobre su desnudo pecho, desgarrado a latigazos, las letras blancas, trazadas con pintura: KKK. Es decir, que, aparentemente, aquello era obra del Ku Klux Klan… ¿Realmente?

—¿Me los deja un momento?

Simuló sobresaltarse al escuchar la voz profunda y pastosa de un hombre junto a ella. Era el de los ojos dorados, que tendía una mano hacia ella.

—Sí… Claro…

Le dejó los prismáticos. El hombre apenas estuvo mirando diez segundos. Brigitte vio la dura mueca en sus finos labios, el gesto agresivo de la recia barbilla.

El hombre le devolvió los prismáticos, haciendo un considerable esfuerzo por sonreír.

—Gracias.

—De nada, señor… ¿Qué… qué ha visto?

—Un negro muerto —replicó él secamente—. Eso es todo. ¿Acaso usted ha visto algo diferente?

—¿Yo? Claro que no… Bueno, no sé por qué había de ver otra cosa que… Pero sí he visto… Me parece que lo he visto, al menos…

—¿Se refiere a las letras del Ku Klux Klan?

—Sí… Entonces, es cierto… Usted también las ha visto… Me pareció que era otra cosa, pero…

—No. Ha visto bien.

Marguerite asintió con la cabeza y volvió a mirar con los prismáticos. A su lado, uno de los marinos comentó:

—No creo que sea Jones… ¿Qué dices tú, Conway?

El hombre de los ojos dorados movió negativamente la cabeza.

—No lo es. Lo he visto bien con los prismáticos.

—Pues casi más le habría valido serlo… —rio otro—. Cuando McCawly atrape a Jones, lo va a pasar fatal. Desde anoche, en que abandonó el puesto en el muelle, no se le ha vuelto a ver.

—Estará borracho, tirado por ahí… —dijo otro—. Apuesto a que a la vuelta lo vemos esperando en Baton Rouge.

—Pues si yo fuese él, no esperaría el *Little Boat*. McCawly le romperá dos dientes de la primera torta. ¡Cochinos negros…! ¡Solo piensan en emborracharse! ¡Ojalá consigan de verdad eso de…!

El hombre calló de pronto. Marguerite pareció no darse cuenta de ello, ni de nada. Continuaba mirando hacia la orilla. El cadáver había sido ya cargado en el bote, y se disponían a regresar al barco.

Cuando llegaron, los que estaban a bordo se hicieron cargo del cadáver y lo dejaron sobre la cubierta. McCawly fue el primero en regresar a bordo, y cuando parecía dispuesto a decir algo, se quedó mirando los prismáticos de Marguerite, cuyos ojos se abrían de espanto contemplando al negro.

—¿Qué es eso? —Gruñó—. ¡A ti te hablo, Marguerite!

—¿Qué…? ¿Eh…? ¿Qué… qué dices, Stephen…?

—¿Qué haces con esos prismáticos?

—Son… son míos.

—Eso parece. ¿Para qué los quieres? ¿Por qué los llevas contigo? Marguerite alzó las cejas, como sorprendida. Abrió su maletín y mostró el contenido, tras sacar dos prendas íntimas que hicieron sonreír a los tripulantes del *Little Boat*.

—Es todo lo que tengo: estas ropitas, mis cosas para asearme, la radio, las prismáticos… En un momento de apuro siempre me darán veinte dólares por ellos. Me los dio un tipo que no tenía dinero, y que estuvo conmigo… tomando unos tragos. Me dijo que no tenía dinero después de estar juntos, y me dio los prismáticos. La radio la compré yo. Me costó…

McCawly estaba mirando con el ceño fruncido el contenido de aquel curioso y llamativo maletín: radio, paquetes de cigarrillos,

frasquitos de colonia y perfume, polvera, piezas de acero para manicura, laca de uñas, monedas, dentífrico, cepillo, peine… Estaba todo mezclado, revuelto; había lo menos dos polveras, una docena de frascos de laca y perfumes, tres o cuatro peines… El caos.

—Está bien, está bien —sonrió—. Anda, ve a esperarme abajo, en mi camarote. Es el más grande de todos. Prepara un par de tragos.

—Sí, Stephen… ¿Qué haréis con el negro?

—Ocúpate de tus cosas, encanto.

—¿Me llevarás hasta Nueva Orleans?

—Ya veremos. Lárgate.

Marguerite encogió los hombros, y se dirigió al interior del barco. Encontró enseguida el camarote de Stephen McCawly, entró y cerró la puerta. Inmediatamente, abrió el maletín, y sacó uno de los paquetes de cigarrillos. Apretó en un lado, y al instante sonó la voz conocida:

—Adelante.

—Ya di a conocer mi presencia como polizón en el *Little Boat*. Creo que McCawly me permitirá viajar con él hasta Nueva Orleans… Sé cómo convencerlo. Hemos encontrado, en la orilla izquierda del río, un negro linchado, colgando de un árbol, completamente desnudo. Creo que forma parte de un plan que anoche no pude comprender.

—Temo que yo tampoco comprendo…

—Vigilen a dos hombres que deben de estar rondando por Baton Rouge, casi seguro por el muelle. Sus nombres… Es decir, sus apellidos son Cranston y Lester. Es todo lo que sé. Visten corrientemente, tienen aspecto de estibadores… Uno de ellos lleva los cabellos muy largos y algo pringosos.

—Lo intentaremos. ¿Qué clase de plan es ese…?

—No lo sé bien, todavía. Si encuentran a Lester y Cranston, no los detengan. Solamente, que los vigilen. Quiero tenerlos a mano en cualquier momento. Estoy segura de que ellos recibieron la orden de McCawly para buscar un negro, lincharlo y dejarlo bien visible al paso del *Little Boat*. No sé por qué. Seguiré investigando.

—Está bien… ¿Dónde está ahora? Quizá la estén oyendo…

—No, no… Están todos arriba, decidiendo qué hacer con el cadáver. A mí me echaron de allí, diciéndome que me ocupase de

mis asuntos… Y eso es lo que he hecho.

Se oyó una breve risa en el aparato receptor.

—Siempre con su buen humor… Está bien, siga adelante…, ocupándose de sus asuntos, naturalmente. ¿Algo más?

—Nada, por ahora. Llamaré en cuanto pueda. Adiós.

Cerró la radio camuflada en el paquete de cigarrillos, y la dejó de nuevo en el maletín. Estaba cerrando este, mirando a su alrededor con claro gesto reprobativo el camarote de McCawly, cuando estuvo segura de oír algo afuera, en el pasillo.

Sin vacilar un segundo fue allá, abrió la puerta y se asomó velozmente, y brevísimamente, al pasillo. No vio a nadie. Es decir, no pudo reconocerlo. Pero sí comprendió que alguien había escuchado, al menos, parte de su conversación por la radio de bolsillo. Alguien que corría ahora escalera arriba, rehuyendo el encuentro con ella, evitando ser visto. Un hombre, desde luego.

Pero del cual todo lo que pudo ver fueron las botas. Unas botas cortas, de lona azul y gruesa suela de goma, con tobilleras blancas, pero muy sucias. Unas botas especialmente aptas para la humedad… y para deslizarse por cualquier parte en el más completo silencio.

Sí.

Al parecer, allí, en aquel barco, cada cual se ocupaba de sus propios asuntos.

Capítulo IV

Stephen McCawly abrió la puerta, se quedó mirándola desde el umbral, y por fin movió la cabeza, sonriendo, expresando su resignación. Entró, se sentó en un pequeño taburete y se quedó mirándola amablemente.

—Muy bien —dijo—, ¿qué puedo hacer ahora contigo?

Marguerite sonrió dulcemente.

—Llevarme a Nueva Orleans… ¿No?

—Este barco no admite pasajeros.

—Bueno… Puedes decir que soy tu novia, que voy contigo a Nueva Orleans para comprar algunas cosas… ¿Estaremos juntos allí muchos días, Stephen?

—No lo sé. Mira, Marguerite, voy a ser sincero contigo: eres la muchacha más hermosa que he conocido en toda mi vida. Palabra. Creo que puedo enamorarme de ti, pese a todo. Pero, tal como están las cosas, no me parece oportuno que viajes en el *Little Boat*.

—¿Tal como están las cosas…? ¿Es que ocurre algo?

—Hemos encontrado a un negro linchado, ¿no?

—Oh, sí… Pero no fui yo, Stephen.

—Claro que no —rio McCawly—. Pero tendremos que detenernos en Donaldson, y dar parte de lo sucedido al comisario de allá. Esto nos hará perder tiempo, y quizá me busquen complicaciones por llevar una chica a bordo.

—¿No te gusta eso de decir que soy tu novia? —musitó ella.

—Lo pensaré. Creo que la mejor solución sería dejarte en Donaldsonville.

—¡No puedes hacer eso, Stephen! —Se alarmó ella—. A mí sí que me complicaría la vida el comisario… Me preguntaría por qué no adquirí pasaje en otro barco, a qué me dedico, qué hago sin dinero… Stephen, te lo suplico, llévame a Nueva Orleans. Solo eso. Luego…, puedes dejarme a mi suerte. Allí me las arreglaré mejor

que en un pueblo pequeño… Por favor, Stephen.

Se acercó a él, se inclinó y lo besó largamente en los labios, mientras McCawly la acariciaba. Cuando ella se apartó, el capitán del *Little Boat* movió afirmativamente la cabeza, si bien no parecía muy contento de sí mismo.

—Está bien —gruñó—: te llevará hasta Nueva Orleans. ¿Has desayunado?

—No… Subí al barco esta madrugada, me escondí, y no he salido hasta ver que viajábamos ya río abajo.

—Bueno, ve a la cocina y que te preparen algo. Y, luego, espero que te portes bien, que no andes por ahí fastidiando a mis hombres. Ellos y yo tenemos trabajo, ¿entiendes?

—Sí, Stephen… ¡Gracias!

Lo volvió a besar, y salió del camarote. Estaba recorriendo el pasillo en busca de la cocina cuando oyó el teclear de una máquina de escribir al pasar por delante de una puerta. Se detuvo, y miró hacia atrás. Nadie podía verla, de modo que se inclinó, para intentar ver algo por el ojo de la cerradura. No lo consiguió por la sencilla razón de que aquella puerta no tenía cerradura. Solamente pomo. Si el ocupante del camarote quería cerrarlo, tenía que ser por dentro. En un barco de tripulación reducida no se debe considerar necesario poner cerraduras en las puertas.

Retrocedió dos pasos, sacó el tacón de un zapato, y tiró este hacia un lado.

Acto seguido, lanzó un grito y se dejó caer de lado contra la puerta, con fuerza, para rodar luego por el suelo.

Estaba emitiendo unos gemidos muy convincentes cuando se abrió la puerta del camarote de McCawly, y este apareció, con expresión sobresaltada. Casi inmediatamente se abría la puerta del camarote donde había oído el teclear de una máquina, y el negro llamado Absalon aparecía también, mirando a todos lados…

McCawly se acercó a ella, con el ceño fruncido, y la ayudó a ponerse en pie, quizá no muy amablemente.

—¿Qué te pasa? —refunfuñó.

—Mi zapato… No sé… Me torcí el pie, y me caí… Lo siento. No… no he querido molestar… Lo siento.

Absalon Hunter recogió el zapato, y lo dejó cerca del pie de Marguerite, que lo calzó rápidamente, sonriendo agradecida.

—¿Se ha hecho daño?

—No… Creo que no… Gracias.

—Sigue con tu trabajo, Absalon —gruñó McCawly—. No ha pasado nada. Y tú, Marguerite, camina con más vista, encanto. Esto es un barco, no una taberna.

—Sí… Sí, Stephen.

Absalon estaba entrando en el camarote. Y Marguerite, mirando de reojo, pudo ver la máquina de escribir, con un papel en el rodillo. Pero lo que intrigó a Marguerite fue la expresión del atlético negro: su rostro, que antes le había parecido tan sereno, se veía ahora con una expresión tormentosa, casi de furia. Estaba sombrío, rabioso.

McCawly le dio una palmada en las nalgas.

—Hale, ve a la cocina y luego a cubierta. Y no te caigas al río. Enseguida subiré yo, porque no tardaremos en llegar a Donaldsonville, y habrá que atender todo ese jaleo de la muerte del negro… Ya verás cómo nos complicarán la vida. Si no hubiese sido por Absalon, lo habríamos dejado colgando allí… ¿Qué demonios de culpa tengo yo de que la gente haya linchado a un negro?

Se alejó de nuevo hacia su camarote, refunfuñando. Marguerite fue a la cocina. El cocinero era un tipo gordo, de expresión torva, muy poco amistosa, pero la miró de arriba abajo de un modo muy expresivo.

—Soy la novia del capitán —dijo Marguerite—. Quisiera algo para desayunar.

Había café, jugo de naranja y tostadas con mermelada. Comió con buen apetito, pero muy rápidamente, conteniendo una irónica sonrisa cada vez que el cocinero miraba de reojo sus bonitas piernas, en muy buena parte visibles, por la brevedad de la minifalda. Cuando acabó, abrió su maletín, sacó un cigarrillo de allí y lo encendió. Luego, se quedó mirando burlonamente al cocinero.

—Adiós, gordo —dijo—. Y a ver si alegras la cara, hijo…

Salió de la cocina antes de que el cocinero hubiese encontrado una respuesta adecuada.

Una vez en cubierta, se dirigió a la borda, y estuvo allá fumando, pensativa, mirando las turbias aguas. El cielo amenazaba lluvia, mostrando un tono gris que deprimía. No sería nada de extraño que se levantase algo de niebla. Sobre todo, en cuanto

llegase la noche.

Los marinos iban de un lado a otro, sin detenerse a mirarla. O, al menos, no abiertamente. Parecía opinión general que Stephen McCawly tenía muy malas pulgas, y nadie quería complicarse la vida.

El cadáver del negro debía de estar bajo aquella lona, en un lado de la cubierta, cerca de la torre encristalada de mando. Un par de barcos se cruzaron con el *Little Boat*, y dos pequeñas lanchas pasaron velozmente, río abajo.

El día era triste y monótono.

Marguerite sacó la radio a transistores, movió una pieza lateral sin que nadie pudiera observar la rápida maniobra, y luego accionó la rueda de puesta en marcha. Casi enseguida se empezó a oír música, y la muchacha se dedicó a bailar desganadamente, con aspecto de un total aburrimiento. Los hombres la miraban más ahora, casi furiosos. No debía de hacerles mucha gracia ver a aquella preciosa muchacha provocándoles con su contoneo…

Y de pronto las vio. Las mismas botas de lona; por tanto, el mismo hombre que, estaba convencida, la había escuchado mientras ella hablaba por la radio en el camarote de McCawly.

Alzó la mirada, indiferente, siguiendo las piernas y el cuerpo de aquel hombre, hasta llegar al rostro. Lo vio hosco en verdad, casi agresivo. Era el hombre de los ojos dorados, el llamado Conway.

—Ya sé que solo es un negro —comentó fríamente—. Pero está muerto, y eso merece algo de respeto, ¿no?

Marguerite se sobresaltó. Miró hacia el bulto que formaba la lona, se mordió los labios y se quedó mirando consternada al hombre de los ojos dorados.

—No… no pensé en ello…

—Pues piense. —Los ojos dorados parecían querer atravesarla—. Es mejor que cierre ese aparato.

—Sí… Sí, eso voy a hacer… Lo siento.

—¿De veras? Bueno, ¿quiere hacer algo útil?

—Sí… ¡Me gustaría!

—Pues baje a decirle al capitán que dentro de cinco minutos estaremos en Donaldsonville. Y dígale que me he ocupado de la radio.

—¿Qué radio?

Un burlón destello pasó por los ojos dorados.

—La del barco. ¿Cuál había de ser? Iré a ordenar que llamen a Donaldsonville para que nos estén esperando, si es posible.

* * *

El comisario era un hombre corpulento, bien abrigado en su chaquetón de cuero, imponente con su estatura, aumentada por el sombrero de anchas alas.

—Bien… —dijo—. Creo que será mejor que usted firme una declaración, capitán McCawly. Lo lamento, pero tendrá que venir conmigo. Le entretendré lo menos posible.

—Se lo agradeceré, porque… Un momento, por favor. Creo que uno de mis hombres quiere decirme algo. Ya vuelvo.

Se acercó al marino que le había hecho señas, algo apartado del grupo que contemplaba cómo sacaban el cadáver del negro del barco. Nadie podría escuchar lo que ellos hablasen.

—¿Lo has hecho, Carpenter?

—Claro. He estropeado la pieza. Habrá que cambiarla… Eso nos llevará no menos de ocho o diez horas. Es decir, que, tal como habíamos planeado, seguiremos el viaje de noche.

—Perfecto. Quizás habríamos despertado sospechas retrasando el viaje en Baton Rouge. Pero nadie sospechará nada si hemos salido a la hora conveniente… Considerarán que es simple mala suerte el hecho de que debamos detenernos cerca de Donaldsonville. Prepara los paquetes para la noche. Con tranquilidad. Hay tiempo.

—De acuerdo.

McCawly regresó junto al grupo en el cual destacaba la fornida y altísima figura del comisario. Su gesto reflejaba una gran contrariedad.

—¿Ocurre algo, capitán? —preguntó el representante de la Ley.

—Contratiempos de última hora… ¡Maldita sea, a menos de cincuenta millas de Nueva Orleans…! Parece que algo no va bien en las máquinas.

—Vaya, es lamentable. ¿Puedo servirle de algo?

—No creo… Pero gracias, comisario. Bien… Ahora es cuando no hay gran prisa. Mucho me temo que la reparación va a durar no

menos de ocho horas… ¡Maldita suerte! Habríamos llegado a Nueva Orleans poco después del mediodía, y ahora…

—Puede llamar un remolcador, por la radio. De todos modos, yendo río abajo, el problema no es muy grave.

—No me fío de este «riachuelo», comisario. No, no… Prefiero perder ocho horas. Cuando quiera vamos a dejar terminada la declaración.

—¿Voy contigo, querido? —preguntó Marguerite.

—No. Es mejor que te quedes aquí.

El comisario dirigió una relampagueante mirada a la hermosa mujer, se tocó el ala del sombrero y se dirigió a la pasarela, seguido de McCawly.

Abajo, en el pequeño embarcadero, ya estaban metiendo al negro muerto en el coche del comisario.

Marguerite vio a Carpenter desaparecer hacia el interior del barco, se suponía que hacia la sala de máquinas. Un lugar que resultaría muy interesante de registrar… Pero no en aquel momento. Buscó con la mirada a Conway, y lo vio sentado en la borda, con un cigarrillo en los labios, fijos los ojos dorados en el traslado del cadáver del negro. Su rostro estaba por completo inexpresivo.

En cambio, el de Absalon Hunter era muy expresivo. Estaba en la entrada a los camarotes, con las manos en los bolsillos, hundidos los hombros, fija la mirada en el último lugar adonde su línea visual había alcanzado a ver el bulto envuelto en lona. Dio de pronto media vuelta y regresó al interior del barco.

Marguerite se fue tras él, sin vacilar. Cuando llegó abajo, la puerta del camarote estaba cerrada, y de nuevo se oía el teclear de la máquina. Llamó a la puerta, y en el acto dejó de oír el tecleo.

Absalon Hunter abrió la puerta y se quedó mirándola, un poco sorprendido.

—Me quedé sin cigarrillos —dijo Marguerite—. De manera que pensé en pedirle algunos, hasta que luego baje a tierra a comprar… ¿Le molesta si entro?

Ya estaba dentro del camarote. Absalon la miraba con el ceño fruncido, todavía un poco atónito. Fue al armario, lo abrió, sacó un paquete de cigarrillos, y cuando se volvió dispuesto a tirarlo a las manos de la muchacha respingó al ver a esta a punto de leer lo que

había en la máquina.

—Sus cigarrillos… —dijo acremente—. ¿Desea algo más?

—No. Es que vi que está escribiendo… ¿Alguna novela? Me encantan las novelas. Recuerdo una, que precisamente pasaba entre gente de color, que me hizo llorar… No sé cómo se les pueden ocurrir estas cosas a los escritores. Creo que se llamaba algo de una barraca…

—¿*La Cabaña del Tío Tom*?

—¡Exacto! ¿Está usted escribiendo algo así?

—Los tiempos han cambiado —sonrió secamente Hunter—. Ahora ya no es legal azotar a los negros, ni llamarlos esclavos.

—Lo dice usted de una manera… rara.

—Es solo que pienso que Beecher Stowe no se sentiría tampoco muy feliz en estos tiempos.

—¿Quién?

—Harriett Beecher Stowe. Es el nombre de la novelista que escribió *La Cabaña del Tío Tom*.

—Ah… ¿La conoce usted? ¿Es amiga suya, quizás?

Hunter desorbitó los ojos, pero, de pronto, sonrió amablemente.

—Sería un poco difícil —aseguró—: ella murió hace setenta y un años, en mil ochocientos noventa y seis.

—¡Oh, no!

—De veras.

—Vaya… Pu-pues lo… lo siento. ¿Su novela también trata de negros, Absalon?

—Algo parecido.

—¿Me la dejará leer…? ¡Oh, me encantaría poder contar alguna vez que leí una novela antes que nadie, porque un escritor me dejó su…!

—No es propiamente una novela —cortó Hunter—. Pero quizá le deje leer algo… en otra ocasión.

—Pero ¿podré… podré decir que soy amiga suya? ¿Cuál es su nombre completo?

—Absalon Hunter. Sí… Podrá decirlo, si quiere —sonrió tristemente—. Pero no creo que eso la ayude en nada. Al contrario.

—No le entiendo.

—Una mujer blanca, amiga de un hombre negro, no es cosa que agrade. Y parece que cuanto más hermosa es la mujer, más

desagrado causa esa amistad.

—Oh, pero a mí no me desagrada… ¿De veras le parezco hermosa, Absalon?

—Mucho.

Marguerite sonrió maliciosamente.

—Usted también es muy hermoso. Oh, sé lo que digo, no crea… De todos modos, usted es… diferente.

—Diferente… ¿a quién?

—A los otros hombres. Todos me miran… de un modo especial. ¿Por qué usted no?

—Tengo cosas más importantes en que pensar, Marguerite. No lo digo para molestarla, no… Lo que quiero decir es que… creo que debo ser útil a mis semejantes, y que…

—¿Sabe qué estoy pensando de usted ahora? —Sonrió ella.

—¿Qué?

—Pues que parece incapaz de matar una mosca. Tiene cara de… de buena persona. Estoy segura de que lo que está escribiendo es algo bueno e importante, Absalon. Soy un poco tonta, pero estoy segura de eso.

—Ojalá acierte. Mire, me gusta charlar con usted, Marguerite, pero tengo trabajo… Mucho trabajo.

—Está bien. Ya charlaremos otro rato. Adiós… Ah, gracias por los cigarrillos.

—No tiene importancia.

Marguerite salió del camarote, y Absalon cerró la puerta. Ella se dirigió al camarote de McCawly, entró, cerró, y sacó la radio del maletín, accionándola inmediatamente.

—Adelante —oyó.

—Alguien me oyó hablar con usted la vez anterior. Su nombre, en este barco, es Conway. Solo eso. Alto, atlético, fuerte, hosco, rubio, de rasgos duros… Treinta y dos o treinta y cuatro años. Pero no ha dicho nada a Stephen McCawly, ni parece tener intención de hacerlo. Vean si pueden decirme quién es cuando vuelva a llamar.

—Bien. ¿Qué ocurre? ¿Por qué se ha colocado el barco en posición fija, en el embarcadero?

—Según parece, algo va mal en la sala de máquinas. Esto quiere decir que saldremos dentro de ocho o diez horas. ¿Se sabe algo de Lester y Cranston?

—Todavía no tenemos noticias de los agentes que se ocupan de eso… ¿Por qué supone que ese Conway no ha dicho nada respecto a que usted tiene comunicación con gente ajena al barco?

—No lo sé. Pero aquí cada cual hace su juego.

—¿Todavía cree que vale la pena esperar más?

—Desde luego. Ah, ah… Algo importante: quiero saber todo lo relativo a un negro llamado Absalon Hunter. Viaja en…

—Sabemos que está ahí. Nos ocupamos de él después de enviarla a usted a Baton Rouge hace cinco días para esperar el *Little Boat*. Precisamente esta mañana hemos reunido los últimos informes sobre él.

—¿Y…?

—Bien… Es un universitario, que dejó de pronto sus estudios, hace de ello tres años y pico, a punto de finalizarlos. Le hacían la vida imposible. Durante un tiempo desapareció. Surgió de pronto, como un tenaz defensor de los derechos de los ciudadanos de color. Es un personaje muy popular entre los de su raza. Se supone que tiene algo de dinero, y en muchísimas ocasiones ha desembolsado aceptables cantidades para ayudar a los demás. Siempre negros. Nunca tuvo nada que ver con la Ley. Sus estudios fueron brillantes en verdad.

—Entiendo… ¿Quiere que le diga algo?: esto no me huele a espionaje, francamente.

—Cuando usted lo dice, así será. Sin embargo, existe una emisora clandestina, eso es indiscutible. Y sus emisiones están… excitando a los negros de todo el Sur. No sabemos a ciencia cierta qué es lo que se proponen exactamente, pero podríamos considerar que es una especie de… subversión interna. Hay que cortarla, cuanto antes.

—Está bien, seguiré con esto. Pero insisto en que no parece un caso adecuado para mí.

—Quizás. Pero hay que acabarlo, ¿no?

—Lo acabaré antes de veinticuatro horas.

—¿De veras?

—Bueno… —sonrió Marguerite—. ¿Apuesta algo?

—¿Qué cosa, por ejemplo?

—Una botella de champaña.

—De acuerdo —rio el hombre—. La apuesta está en marcha. Un

momento… Pero tiene que terminar el caso de verdad, destruyendo hasta la última raíz de este asunto.

—Naturalmente, querido. ¿Alguna vez he dejado yo raíces peligrosas?

—Creo que no. Bien… ¿Algo más?

—Por el momento, no. *Ciao, amore*.

Guardó la radio, y quedó pensativa. Poco a poco, iba teniendo a su disposición todos los hilos de aquel asunto. Pero estaba convencida de que faltaban los suficientes para que valiese la pena esperar. Del mismo modo que estaba convencida de que no existía tal avería en la sala de máquinas del *Little Boat*, y que el retraso estaba provocado. Querían llegar a Nueva Orleans de noche. O, al menos, tenían necesidad de navegar en la oscuridad.

Miró su relojito. Ni siquiera eran las once. Es decir, que faltaba más de una hora para la primera emisión de «Negroes Rights». Dos emisiones en veinticuatro horas, una al mediodía y otra a medianoche. A esas horas, se calculaba que no menos de cinco millones de negros estaban pendientes de la voz correcta, educada y agradable del locutor que día a día, por la emisora clandestina, iba machacando respecto a que se preparasen para la libertad y la igualdad más absoluta… Un locutor de voz educada, correcta, agradable…

Marguerite se enderezó, de pronto. ¿Cómo no lo había pensado antes…?

¡Naturalmente que ella sabía ahora quién era el locutor de la emisora «Negroes Rights»!

Capítulo V

Estaban sentados en la cubierta, dentro de la cabina de mando, que mostraba los cristales ligeramente empañados. Pero, pese a estar sentada, Marguerite no dejaba de moverse cadenciosamente, al compás de la música que brotaba de la radio de transistores. McCawly la miraba y sonreía. Con frecuencia, pese a lo temprano de la hora, se servía *whisky*, y hacía intención de servirla a ella, pero Marguerite había puesto ya un tope, y no parecía dispuesta a pesar de allí.

De pronto, como aburrida, cambió la posición del dial circular de la radio.

—Al fin y al cabo es siempre lo mismo, el mismo sonido, la misma música… A ver si encontramos algo diferente…

La voz agradable y culta del locutor se dejaba oír entonces:

—Ciudadanos negros de los Estados Unidos de América, estáis sintonizando ahora la emisora N. R., es decir, «Negroes Rights»… Los Derechos de los Negros. Unos derechos que obtendremos si vamos uniéndonos de verdad, hasta que llegue el día en que formaremos un bloque tan compacto que nadie podrá negarnos lo que pidamos. Unas peticiones que, además, son legítimas, honestas, pacíficas. Conseguiremos lo que queremos. Lo tendremos. Ayudémonos los unos a los otros, unámonos de verdad todos los negros americanos, y triunfaremos Pero no voy a hablar de los derechos civiles, sino de los derechos humanos de cualquier persona, sea del color que sea. Un derecho universal, que es el respeto por la vida de…

—¡Esto le gustaría escucharlo a Absalon! —exclamó Marguerite, poniéndose en pie—. ¡Voy a buscarlo a su camarote…!

—¡Siéntate! —Casi gritó McCawly.

—Pero, Stephen, solo quería…

—Deja tranquilo a Absalon.

—Pero estoy segura de que le gustará…

—¡Te digo que lo dejes en paz! ¡Siéntate!

—Bueno… Lo que tú digas, Stephen… Perdona.

La voz seguía oyéndose. Y Marguerite sabía ya, sin lugar a dudas, que era la de Absalon Hunter. Es decir, que el negro no estaba en su camarote, sino en el lugar donde tenían escondida la emisora clandestina.

Un lugar que tenía que estar en el más escondido rincón del barco, ciertamente. La emisora estaba allí, no cabía duda. Y si solo se hubiese tratado de destruirla, ya habría sido hecho haría días. Pero para llegar hasta el auténtico fondo de la cuestión había que ir dejando pasar los acontecimientos, hasta el momento oportuno. Veinticuatro horas de plazo se había concedido a sí misma.

Ni una más. La voz decía:

—… Linchado como un animal dañino. Con mis propios ojos lo he visto. Cuatro ya, en pocos días. Y todos negros… Si hubiese visto linchado a algún blanco, pensaría que esos asesinatos eran obra de unos asesinos con motivos de diversas clases. Pero no. Solo negros. Y en tres de ellos las letras KKK marcadas con pintura blanca en los pechos destrozados a latigazos. Con estas violencias, están consiguiendo…

—¡Oh, qué fastidio, a mí no me interesa esto! —exclamó Marguerite. Cambió de nuevo la posición del dial, se puso en pie, y de nuevo se dedicó a sus bailoteaos, contoneándose delante de McCawly y sonriéndole provocativamente. De pronto, se dejó caer en sus rodillas; y le besó.

—¡Stephen, me alegra este retraso!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque podemos estar más tiempo juntos… ¿Qué piensas hacer conmigo cuando lleguemos a Nueva Orleans?

—Tendré que pensarlo, nena. Pero, de momento, se me está ocurriendo una idea que me parece bastante buena.

—¿Qué idea? —exclamó Marguerite.

—Tomaremos un par de tragos más. Luego, nos vamos tú y yo a mi camarote, almorzamos allí, y después podemos dormir una buena siesta… ¿Qué opinas del plan?

—Es fatal. Si duermo la siesta, nadie me despierta luego antes de las seis o las siete de la tarde.

—Dormir es bueno —sonrió McCawly—. ¿Y acaso tienes otra cosa que hacer?

—No —sonrió Marguerite—. Ninguna otra cosa.

—Pues entonces vamos allá.

Se puso en pie y caminó hacia la salida de la cabina de mandos, haciendo una seña al hombre que estaba allí, gobernando el barco. Marguerite cogió la botella y se reunió inmediatamente con él, conteniendo una sonrisa al ver la envidiosa mirada del marino. Le guiñó burlonamente uno de sus muy pintarrajeados ojos, y se tomó del brazo de McCawly, mostrando la botella.

—Me parece —dijo— que a mí también va a sentarme estupendamente una tarde de *whisky* y siesta, querido.

Cuando estaban llegando a la cubierta, vieron a Conway, que los estaba mirando fijamente.

Marguerite volvió a alzar la botella, y gritó:

—¡Hasta la vista, marino!

—Conway —llamó McCawly—, creo que dormiré unas horas… Avisadme cuando la avería esté reparada.

—Está bien, capitán.

McCawly bajó a los camarotes, riendo y cantando. Estaban recorriendo el pasillo cuando se abrió la puerta del camarote de Absalon, y este se asomó.

—¿Quieres un trago, Absalon? —ofreció McCawly.

—No, gracias. ¿Cuándo salimos?

—Todavía tardaremos algunas horas… Te aconsejo que te distraigas de algún modo.

—Sé cómo hacerlo —murmuró fríamente el negro.

Estaba mirando decepcionado a la muchacha de ojos azules. Antes, le había parecido ver, bajo el maquillaje exagerado, una expresión de mayor inteligencia, de mayor nivel humano. Ahora, veía simplemente una muchacha muy pintada, con un collar barato, una campanilla colgando del cuello, mostrando las piernas, muy recargado el peinado… Una muchacha ordinaria, que ningún hombre podía dejar de encontrar en los muelles a lo largo del Mississippi…, o en cualquier muelle del mundo.

Entró en su camarote y cerró la puerta. McCawly continuó hacia su camarote, entró y se dirigió directo a la litera. Se dejó caer en ella, y señaló a Marguerite con un dedo enorme.

—¿Por qué no vas a la cocina a ordenar que nos traigan aquí el almuerzo, nena?

—Oh, sí, Stephen…

Marguerite salió, y regresó un par de minutos más tarde, diciendo que ya había dado la orden.

McCawly estaba mirando pensativamente la botella de *whisky*.

—Me parece que ya no voy a beber más. Es peligroso.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? —Sonrió la muchacha.

—Creo que sí —sonrió él—. Ven conmigo, encanto.

—Primero, un traguito —dijo ella—. Me han entrado de pronto unas ganas terribles de beber… ¿Sabes que una vez me emborraché como una idiota, en Saint Louis?

—¿Solo una vez? —Rio McCawly.

—Bueno… Quiero decir que fue la vez que me emborraché de un modo más idiota.

—¿Y cómo te emborrachaste las otras veces?

—Como una salvaje —rio Marguerite, tensando el busto.

McCawly dirigía ya las manos hacia allí, pero ella se puso en pie, alzó la botella y la tuvo allí no menos de diez segundos. McCawly lanzó un silbido, sin darse cuenta de que, a pesar del tiempo que la botella estuvo alzada, el nivel del líquido bajó muy poco.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡Vas a reventar, Marguerite!

—No me importa. —Ella se lo quedó mirando fijamente—. No me importa ya, Stephen. Me importaría si te hubiese encontrado antes, hace cinco o seis años… Ahora, ya no me importa. ¿Quieres beber?

—No, no, no… Para mí, basta.

—Pues no para mí. ¡Allá va…!

Volvió a alzar la botella, recurriendo al mismo truco. Pero esta vez bebió un poco más. McCawly la cogió de un brazo y la sentó en sus rodillas, de un tirón, volviendo a sus anteriores pretensiones. Ella le sonrió, echándole una vaharada de aliento que hizo arrugar la nariz al marino.

—Quiero beber más —tartajeó—. Todo lo que me interesa hoy es beber, amor mío…

—Me parece que ya estás borracha…

—¡Yupiiii…! ¡Más *whisky*, Marguerite! Y volvió a alzar la

botella…

* * *

El gordo cocinero entró en el camarote, tras pedir permiso, llevando una bandeja en las manos. Se quedó mirando asombrado a su capitán, que estaba cubriendo con una manta a Marguerite, en la litera.

—Se ha dormido borracha como una cerdita —masculló McCawly. El cocinero guiñó un ojo.

—Bueno, eso no importa para… ¿Eh?

—Está como una cuba. Y huele que apesta… No me acercaría a ella. Absolutamente para nada.

—Es una lástima… ¿Por qué no la despierta, capitán? De otro modo, esa chica no va a almorzar…

—Ya ha almorzado con *whisky* y con ginebra… ¡Brrr! —Se estremeció—. Me pregunto cómo no ha reventado, con esa mezcla. Deja eso por ahí, ya almorzaré yo solo.

—Bien. ¿Le traigo café para ella?

—No, no… Tiene para varias horas de sueño. Dejémosla tranquila. ¡La muy imbécil…!

* * *

—¡Hey! ¡HEYYY…!

Marguerite abrió los ojos, pesadamente, y se quedó mirando a Stephen McCawly como si no lo conociera. O, mejor dicho, como si en realidad no lo estuviese viendo.

—¿Qué… qué…?

—¡Despierta ya! ¡Estamos saliendo de Donaldsonville! Supongo que no querrás continuar durmiendo hasta llegar a Nueva Orleans. Vamos, despéjate ya, encanto.

La ayudó a sentarse en la litera. Marguerite se pasó las manos por el rostro, y luego se frotó fuertemente los ojos…

—¿Qué hora es, Stephen?

—Las seis. Está anocheciendo ya. La avería ha sido reparada, y seguimos viaje hacia Nueva Orleans.

—Ah… ¿Qué pasó?

—¿Cuándo?

—Antes, entre nosotros… Bueno, ya sabes…

—No pasó nada —gruñó McCawly—… Estabas borracha como una cerda, Marguerite.

—Lo… lo siento… Bueno, me entraron deseos de beber, de pronto…

McCawly encogió los hombros.

—Creo que me había equivocado contigo —farfulló—. De manera que en cuanto lleguemos a Nueva Orleans nos diremos adiós.

—¡Oh, Stephen…! —gimió ella.

—Al demonio… ¿Qué otra cosa esperabas? Y te aseguro que si no fuese por las explicaciones que tendría que dar al comisario de Donaldsonville, te dejaba en tierra.

Marguerite se abrazó convulsivamente al cuello del marino.

—¡No me dejes, Stephen! ¡No lo haré más, no beberé más, te lo juro, no volveré a…!

—Será mejor que salgamos a cubierta. Allí acabarás de despejarte. Toma. —Abrió el armario y le tiró un chaquetón parecido al que llevaba puesto—. Ponte esto. Hace frío ahí arriba.

Marguerite parecía incapaz de moverse. McCawly la puso en pie rudamente y la ayudó a ponerse el chaquetón. Luego, tiró de ella, hacia la puerta.

Cuando llegaron a cubierta, efectivamente, Marguerite se estremeció de frío. La noche se presentaba húmeda y fría. Se veían pequeños bancos de niebla, como flotando sobre las aguas grises, casi negras.

Se volvió, y pudo ver todavía las luces de Donaldsonville, perdiéndose en la distancia. El barco se acercaba a uno de los bancos de niebla, y la sirena empezó a lanzar su alarido de aviso… El tu-tuut parecía ser absorbido inmediatamente, como si la niebla lo ahogase.

—¡Rollin! —llamó McCawly.

—¡Voy, capitán!

Uno de los marinos apareció ante ellos, frotándose las manos, alzado el cuello del grueso chaquetón de lana.

—Vigilad bien por la borda. No quiero ningún tropiezo, de modo que distribuye a los hombres. Y estad atentos en todo momento. ¡Maldito sea el invierno! ¡Vamos, vamos…!

—Enseguida, capitán.

El barco había entrado ya en el banco de niebla. Apenas se veía a cinco yardas.

Marguerite oía las voces de Rollin y las de los demás marinos. La sirena no dejaba de tocar, y se habían encendido ya todas las luces de posición del barco. A su izquierda oyeron otra sirena, dando la señal de cruce. Por entre la niebla vieron las luces de otro barco, río arriba, a unas cien yardas a la izquierda.

—¡Con cuidado! —gritó McCawly—. ¡Cuanto más cerca estemos de Nueva Orleans, más barcos encontraremos!

El banco de niebla terminó. Durante unos minutos navegaron por aguas despejadas, pero ya se veían más bancos, muy cerca. McCawly había estado yendo de un lado a otro, y ahora estaba en la cabina de mando, examinando el rumbo, dando instrucciones al timonel. Bajó casi diez minutos más tarde, cuando se estaban metiendo de lleno en un espeso banco de niebla, tras haber dejado atrás otros más pequeños, menos densos.

—Stephen… Tengo frío…

—Pero parece que ya estás despejada, ¿eh?

—Sí, sí —tembló Marguerite—. ¿Te importa que vaya abajo? Me voy a morir si continúo aquí.

—Está bien. Abajo estarás caliente. Y no vuelvas a cubierta sin mi permiso, o sin que alguien te acompañe… ¿Está claro? No quiero líos.

—¿Líos?

—Te han visto conmigo, en el barco, la gente de Donaldsonville. De manera que tienes que llegar a Nueva Orleans, no vayan a creer que te dejé caer por la borda… ¿Comprendes?

—Sí, Stephen. No… no me moveré de abajo… ¿Vendrás…?

—Todos hacemos falta aquí arriba. Pero tú no, de modo que vete abajo y no te muevas de allí.

—Gracias, Stephen.

Abandonó rápidamente la cubierta.

Sentía frío en realidad, pese al grueso chaquetón de McCawly. En el interior del barco se estaba mucho mejor, ya que las calderas

repartían calefacción por todo el barco.

Se detuvo ante la puerta del camarote de Absalon Hunter, y aplicó allí el oído, hasta captar el rumor de los movimientos del negro, y ruido de papeles. Estuvo tentada de entrar a conversar seriamente con él, pero no volvería a tener otra oportunidad como aquella para bajar al sollado, único lugar donde podía estar escondida la emisora clandestina, de modo que decidió dejar la conversación con Hunter para otro momento.

Recorrió el pasillo hasta el final, donde se cortaba, dejando un hueco para la escalera metálica que conducía a los almacenes de carga por el interior, ya que a veces era necesario examinar la carga, y se hacía sin levantar las grandes trampas de cubierta.

Descendió sigilosamente, sin el menor ruido. En la entrada había una luz roja, siempre encendida, que repartía una claridad casi siniestra hacia todos lados. Una claridad mortecina, útil tan solo para ver las grandes pilas de sacos, cajas y fardos; que formaban corredores estrechos. Había un par de conmutadores a la entrada, pero aquellos debían de ser para iluminar en serio los depósitos de carga… Cosa que a ella no le convenía. La sórdida y siniestra luz roja era más que suficiente.

Apenas había dado tres o cuatro pasos por uno de los pasillos, cuando se detuvo en seco. Estaba segura de haber oído algo, un leve rumor de algo deslizándose rapidísimamente.

Permaneció absolutamente inmóvil durante dos minutos, nada menos. Como una estatua. Al cabo de ese tiempo, tuvo que decirse a sí misma que, fuese lo que fuese aquel rumor, no parecía representar ningún peligro. Quizás una rata…

Se fue acercando al fondo del gigantesco pañol, que formaba sin duda la parte superior del sollado. Debía de haber otro sollado inferior, todavía, debajo de donde ella estaba. Y sin duda, la emisora clandestina estaría instalada allí abajo, perfectamente camuflada. Debía, pues, encontrar el modo de llegar al sollado inferior.

Llegó hasta el fondo del enorme almacén o pañol gigante. Allí, se encontró con madera. Simple y pura madera, formando un muro liso ante ella. Era como haber llegado a un callejón sin salida. A su espalda tenía un largo corredor formado por cajones y sacos. A la derecha, otro corredor, y lo mismo a la izquierda; estaban formados

por el tabique de madera y más sacos, cajas, fardos… Las pilas llegaban hasta el casco, a ambos lados. Era como una T, y ella se encontraba en lo alto del palo vertical, en el cruce con el horizontal.

Bien… Allá debía de existir, lógicamente, una entrada, una puerta disimulada. Era lo lógico si tenía en cuenta que apenas entrar en el almacén había visto la escalera que continuaba el descenso hacia el último sollado, en el otro extremo del barco. Y aquel sollado inferior debía de quedar cortado en la popa, formando un recinto aislado que nadie buscaría jamás… a menos que supiese que en aquel barco había una emisora clandestina.

Y ella lo sabía.

Empezó a tantear los sólidos tablones que formaban el muro ante ella. Estuvo haciéndolo no menos de cinco minutos, cada vez más apresurada, más inquieta. Afortunadamente, mientras hubiese niebla en el río era poco probable que nadie bajase allí, de modo que disponía de tiempo…

De nuevo oyó un rumor. ¿Otra rata? Alzó vivamente la cabeza, hacia lo alto de las pilas de sacos y cajas, pero no vio nada. Solo sombras de tono rojo y negro, pero nada que pareciese un peligro para ella. Y otra vez permaneció inmóvil durante un par de minutos, tensa, moviendo los ojos hacia todos lados, hacia arriba…

Otra vez insistió en la búsqueda del resorte secreto que abriría la puerta del recinto donde debía de estar la emisora clandestina. Y de pronto sus dedos notaron la leve cesión hacia dentro de uno de los tablones. Apretó más, y una puerta se abrió unas diez pulgadas, hacia dentro del muro de tablones, muy cerca de ella, casi enfrente mismo del pasillo central.

Se acercó rápidamente allí…, y justo entonces la luz del gigantesco pañol se encendió.

La luz fuerte, la luz intensa. Quedó paralizada un instante, para, en el acto, saltar hacia atrás, hacia la pila de sacos. Oyó las recias pisadas en los escalones de metal. Quien bajaba no pensaba disimularlo, desde luego.

Oyó las pisadas en aquel pasillo. Y oyó cómo se detenían en seco, de pronto. Comprendió lo que había ocurrido: el hombre que estaba recorriendo el pasillo acababa de ver parcialmente abierta la puerta que daba al recinto de la emisora. Y ahora, con toda lógica, se acercaría a cerrarla… Se volvió hacia la pila de sacos, e inició la

ascensión, clavando sus finos deditos donde podía, con un vigor que nadie habría sospechado en ella. Oía los pasos cada vez más cerca… Le quedaban apenas tres segundos para llegar a lo alto de la pila de sacos y desaparecer al otro lado…

—¡Quieta!

Se quedó inmóvil, excepto la cabeza, que volvió hacia la derecha y abajo.

Carpenter estaba allí, pistola en mano. En su rostro había una crispación de asombro y alarma a la vez.

—Baja de ahí… —ordenó—. ¡Vamos, deprisa!

El movimiento de la pistola fue muy significativo, de modo que Marguerite optó por obedecer. Cuando llegó al suelo, Carpenter estaba todavía asombrado, pero sus ojos empezaban a entornarse peligrosamente.

—¿Qué hacías aquí?

—Bajé por curiosidad. Arriba hacía frío…

—¿Has abierto tú esa puerta?

—No…

—Estás mintiendo, golfilla… ¿O no eres eso? ¿Eh? No… Estoy seguro de que le has tomado el pelo a McCawly… Sí, estoy seguro. Pero ahora mismo se lo…

Marguerite vio aparecer a Conway por detrás de Carpenter, pero ni un solo músculo de su rostro se alteró, ni el más pequeño detalle expresivo varió en sus hermosos ojos azules. De pronto, comprendió que los rumores que había oído en el pañol no los había producido una rata, sino Conway. Y la actitud de este era decididamente favorable a ella… ¿Por qué? ¿Quién era Conway?

Fuese quien fuese, su actitud amistosa hacia ella no pudo estar más clara. Asió de pronto a Carpenter por el cuello, desde atrás, y lo apretó en seco, con una fuerza que hizo crujir las vértebras del marino. Al mismo tiempo, la mano izquierda de Conway aparecía, armada de una navaja, que brilló un instante antes de hundirse en el pecho de Carpenter, con un golpe seco, escalofriante, de carne rota.

—Aaaa-a-a-aaaa…

Conway sostuvo el cadáver de Carpenter mientras este exhalaba el último gemido, que más bien fue la simple salida del aire de un cuerpo ya muerto.

Dejó la navaja clavada sobre el corazón del marino, y se llevó el índice derecho a los labios. Marguerite asintió con la cabeza, y recogió la pistola de Carpenter, mientras Conway lo arrastraba hacia el fondo del pasillo lateral, sujetándolo todavía por el cuello. Lo dejó tirado allí, y regresó junto a Marguerite…, justo en el momento en que se oían más pasos, recias pisadas en los escalones de hierro.

—La pistola —pidió Conway.

Marguerite se la entregó sin vacilar. Conway se la puso en la cintura. Luego, señaló el extremo de la pila de sacos, y colocó sus manos a la altura de las rodillas de la muchacha, entrelazando los dedos. Marguerite puso un pie en aquellas fuertes manos, se dio impulso, y al tiempo que ella saltaba, Conway la empujaba con tal fuerza hacia arriba que quedó ya de vientre sobre la pila de sacos. Miró a Conway, que volvió a llevarse un dedo a los labios, haciéndole acto seguido un gesto para que se escondiera.

Se tendió sobre los sacos, de modo que nadie podría verla desde abajo. Oyó a Conway moverse…

—¡Carpenter! —reconoció la voz de Stephen McCawly—. ¿Estás ahí, Carpenter? Juraría que dijo que se adelantaba para… ¡Hey! ¡Conway, ¿eres tú?! ¡Conway! ¿Qué demonios…? ¡Sal de ahí!

Marguerite oyó los veloces pasos que se acercaban a la gran pila de sacos en cuya cúspide se hallaba. Se detuvieron de pronto, y oyó la exclamación del marino llamado Lafitte:

—¡Capitán! ¡La puerta de la radio está abierta! ¡Y Carpenter está…! —Más pisadas, una breve pausa—. ¡Está muerto!

—¡Que Conway no salga de aquí! —aulló McCawly. Lafitte lanzó un chillido.

—¡Conway está…!

¡Pack!

El disparo retumbó en el pañol, seguido del grito de Lafitte. Un clarísimo grito de dolor. Luego, veloces pisadas por uno de los pasillos formados por la carga del barco.

—¡La puerta! —gritó McCawly—. ¡Todos a la puerta!

Ahora, ruido de muchas pisadas hacia la puerta del gran almacén.

—¡Todos arriba! —aullaba McCawly—. ¡Sé cómo sacar de ahí a Conway, maldito traidor…! —Se oía el retemblar de la escalera de

hierro, y por encima de ese ruido la voz de McCawly—: ¡Conway! ¡Tienes cinco segundos para salir de ahí!

¡Pack!

Casi simultáneamente con el estampido, sonó el grito de sobresalto de McCawly y el agudo rebote de la bala contra el hierro de la escalera.

—¡Rollin, ve a buscar una granada de gas! ¡Lo vamos a sacar de ahí como a un conejo! ¿Lo estás oyendo, Conway?

—¡Capitán! —chilló agudamente Lafitte—. ¡Estoy herido, déjenme salir antes…!

—¡Quédate donde estás! ¡Nada va a pasarte…! ¡Por última vez, Conway: ¿sales o no sales?!

Una breve pausa.

De pronto, la voz de Conway, serena, tranquila.

—Voy a salir, McCawly.

—¡Tira primero la pistola! ¡Y sal con las manos bien altas! Marguerite oyó el ruido de una pistola al caer al suelo y deslizarse por él. Se arrastró por encima de los sacos, casi hasta el borde de la pila, por la parte del pasillo central. Vio a Conway, saliendo con las manos en alto… Se encogió cuando Lafitte pasó por debajo de ella, cojeando, caminando hacia la espalda de Conway, pistola en mano.

—¡Te voy a…!

—¡Quieto, Lafitte! —ordenó McCawly—. ¡Lo queremos vivo, tiene que darnos una explicación!

Más ruido de pisadas. Marguerite se asomó un poco más hacia el pasillo. Sabía que estaban allí McCawly, Rollin y Lafitte, pero se sorprendió al ver a tres negros hercúleos, caminando detrás de McCawly, que se detuvo delante de Conway, mirándole con expresión furibunda.

—Muy bien, Conway: estamos esperando tu explicación.

—Váyase al infierno —dijo Conway.

McCawly le golpeó en la frente con la pistola, y Conway retrocedió un paso, tambaleante, llevándose las manos al lugar golpeado. McCawly no le dio tregua; le siguió, le golpeó en el estómago con la pistola, y de nuevo en la cabeza, cuando Conway se inclinó hacia delante, sin un solo gemido… Era muy duro, según parecía. Pero un tercer golpe en la cabeza lo dejó tendido de bruces en el suelo, sin sentido.

—Muy bien —masculló McCawly, jadeante, volviéndose hacia los negros—. Llevaos las armas. Yo me ocuparé más adelante de este traidor.

Capítulo VI

Uno de los negros se adelantó, colocándose delante de McCawly.

—Insisto en ver a Absalon, capitán.

—Y yo insisto en decir que está ocupado. Dime qué quieres, y se lo diré cuando termine su trabajo.

El negro movió negativamente la cabeza. Desde lo alto de los sacos, Marguerite lo veía perfectamente. Era el más alto y fuerte de los tres que estaba viendo, y parecía el más inteligente y sereno.

—No, capitán… Quiero ser yo quien hable con Absalon. Usted dígale tan solo que Homer quiere hablar con él.

—Absalon está trabajando intensamente para la emisión de esta noche —gruñó McCawly—. De modo que coged las armas, y…

—No. Precisamente de las armas quiero hablarle, capitán.

—¿Sí? ¿En qué sentido? ¿No están en buenas condiciones, quizá?

—Lo están. Y eso es lo que no me gusta.

—No sé si te entiendo, maldita sea… —farfulló McCawly—. ¿No os gustan las armas en buen estado? ¿Qué demonios os pasa?

—A nosotros, nada —dijo otro de los negros—. Eso es cosa de Homer, solamente. Dijo que quería venir con nosotros al barco, y no nos pareció que quisiera nada especial, de modo que lo dejamos venir… Es muy amigo de Absalon Hunter, capitán.

—Bien, bien… Pero ¿vosotros no estáis de acuerdo con él, con Homer?

—No. Ya le digo que no sabíamos lo que quería al venir con nosotros. Estuvimos en la lancha, esperando el barco, y cuando lo vimos, vinimos hacia aquí. Homer había insistido en acompañarnos, de modo que como ya estaba en la lancha…

—Sé que ustedes han estado repartiendo armas a todo lo largo del río, capitán —dijo secamente el negro llamado Homer—. Y de eso quiero hablar con Absalon. Quiero que él me diga que está de

acuerdo con lo que estamos haciendo… Aunque estoy seguro de que no lo está. Es más: estoy convencido de que Absalon no sabe nada de estas armas, ni de lo que nuestros compañeros negros hacen con ellas. Por eso, cuando una lancha viene a recogerlas, estoy seguro de que usted mantiene a Absalon ocupado y vigilado, para que no se entere de nada.

—Ah… Y tú quieres decírselo, ¿no es eso?

—Sí. Quiero saber si él está de acuerdo con eso.

—Supongamos que lo está.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Homer.

—No podría estarlo nunca. Conozco a Absalon desde que nacimos… Nos criamos juntos. No, capitán… Absalon jamás estaría de acuerdo con lo que algunos negros que ustedes han provisto de armas están haciendo. Estoy seguro.

—Entonces, quizá será mejor que hables con él. De acuerdo: vamos a verlo. Vosotros, subid las armas y cargadlas en la lancha…

Homer se dirigía ya hacia la salida del almacén, por delante de McCawly. Este, tranquilamente, apuntó a su espalda con la pistola, y disparó tres veces. El negro se encogió violentamente, pareció a punto de saltar, volvió a encogerse… Sus piernas se iban doblando mientras se volvía hacia su asesino, que lo estuvo mirando fríamente hasta que rodó por el suelo, con los ojos muy abiertos, una mueca de dolor en sus gruesos labios…

McCawly miró entonces a los otros dos negros.

—¿Y vosotros? —murmuró.

—Ya le dijimos que nosotros trabajamos para usted, capitán… Solo que como Homer era amigo de Absalon Hunter, y nos dijo…

—Está bien, está bien. Llevaos las armas. Y ya sabéis qué hacer con ellas. Las instrucciones las recibiréis inmediatamente, tan detalladas como siempre. Y escoged bien a los hombres que harán el trabajo en esta ocasión.

—¿Dónde será esta vez?

—Recibiréis todos los datos en las instrucciones. En marcha… Rollin, esconde el cadáver de Carpenter y el del negro, al fondo de la carga. Ya veremos más adelante qué hacemos con ellos. Primero tenemos que sostener una conversación con Conway. Tú, Lafitte, acompaña a los negros arriba, con las armas, y cuando se hayan marchado ve a que Bowles te haga una cura. Hale, arriba.

Los dos hercúleos negros cogieron la caja alargada que les señalaba McCawly, y se dirigieron hacia la salida. Mientras tanto, Rollin arrastraba a Homer hacia el fondo del pañol, por un estrecho pasillo. McCawly llevó hacia allí a Carpenter. Luego, el capitán del *Little Boat* y Rollin cogieron cada uno de un pie a Conway, y tiraron de él hacia la salida.

Marguerite se mordió los labios cuando vio el modo en que lo subían por la escalera de peldaños de hierro, tirando de él con indiferencia absoluta, de modo que la cabeza de Conway iba golpeando en los peldaños…

La luz intensa se apagó, de pronto, y durante unos segundos no pudo ver nada. Apenas la luz roja y tétrica empezó a suplir la más intensa de antes, Marguerite se deslizó al suelo y fue rápidamente a la puerta de salida del pañol. Subió muy despacio, evitando cautelosamente el más insignificante ruido.

Cuando salió al pasillo, no había nadie allí, pero se oían pisadas en la escala que llevaba a cubierta, y voces en el camarote de McCawly.

Ahora, él sabía que ella no estaba en el camarote… Y al mismo tiempo alguien llegaba de arriba al pasillo inferior…

Se desplazó a toda prisa, abrió la puerta del camarote de Absalon Hunter y entró, cerrando velozmente hasta que la puerta casi tocó el marco; entonces, acabó de cerrarla despacio, silenciosamente… En el pasillo se oían ya pisadas.

Se volvió, y casi sonrió al ver el gesto estupefacto con que Absalon Hunter la miraba.

Estaba sentado ante la máquina de escribir, y junto a él, en la litera, se veían libros abiertos, folios arrugados… Un cigarrillo humeaba en el cenicero.

La muchacha cogió un libro, se sentó en la litera y se puso en los labios el cigarrillo que Hunter estaba fumando. Afuera se oía la voz de McCawly, destemplada, casi furiosa… Y Absalon Hunter parecía que no conseguía salir de su sorpresa.

—Por Dios se lo pido, Absalon: diga que hace mucho rato que estoy aquí, leyendo y fumando, pero sin interesarme por lo que escribe…

Se oían pasos hacia todos lados del pasillo, y la puerta del camarote de Hunter se abrió de pronto, dejando ver a Rollin.

—Capitán —llamó—. Está aquí, con Absalon.

McCawly apareció en la puerta, apartando a Rollin, y se quedó mirando iracundo a Marguerite, que adoptó una expresión asustada.

—¿Por qué no estás en mi camarote? —Gruñó.

—Me… me aburría, y vine… vine a pedirle un libro a… a…

—No me molesta, McCawly —dijo serenamente el negro—. Se ha sentado ahí, y todo lo que hace es devorar mis libros y mis cigarrillos. No le interesan mis artículos para los periódicos.

Hunter le hizo un significativo gesto a McCawly, y este se calmó considerablemente.

—Está bien…

—¿Quieres que vaya a nuestro camarote, Stephen? —Sonrió ella.

—¡No! Ahora no… No vayas allí hasta que te avise. ¿Cómo va el artículo, Absalon?

—Bien. Normal…

—Ah, querido —dijo Marguerite—, voy a ir a buscar mi maletín al camarote. Quisiera arreglarme un poco…

—Te hace falta. Pero no te muevas de aquí. Rollin te lo traerá ahora mismo.

—Oh, muy amable…

McCawly miró significativamente a Hunter, dándole a entender que Marguerite no debía leer nada de lo que estaba escribiendo a máquina, y se alejó cuando captó el asentimiento del negro. Apenas quince segundos más tarde, Rollin aparecía en la puerta, que había quedado abierta. Marguerite fue a recoger su maletín, le dio las gracias guiñándole un ojo, y cerró la puerta. Se quedó allí, la abrió diez segundos más tarde, y la volvió a cerrar.

Se sentó de nuevo en la litera, y se quedó mirando a Absalon Hunter, que a su vez miraba expectante el rostro profusamente maquillado; el rostro que correspondía a una mujer como parecía ser Marguerite.

De pronto, esta dijo:

—Han matado a Homer.

Hubo una violenta crispación en el rostro de Hunter.

—¿A quién…?

—A Homer. No sé su apellido. Me estoy refiriendo a ese negro amigo suyo, que se crio con usted, Absalon. Lo han matado.

Capítulo VII

Absalon Hunter movió negativamente la cabeza. Su rostro se había desencajado.

—No… —musitó—. No, no…

—Lo lamento —susurró Marguerite.

La lengua del negro apareció, rosada, humedeciendo los labios. A Marguerite le parecía que aquel hombre había recibido un golpe tan brutal que no conseguía recuperarse.

—Pero… Homer… Él no estaba en el barco, no han podido…

—Vino con otros dos negros, que se han llevado las armas.

—¿Las… las armas…? ¿Qué armas?

—¿Usted no lo sabe, Absalon?

—No…

—Yo tampoco estoy muy segura de lo que esto significa. Quiero decir que no sé exactamente para qué quieren las armas. Pero sí puedo asegurarle que lo están engañando a usted. Lo están utilizando para unos planes que no tienen nada que ver con la libertad y la igualdad de los negros americanos.

—¿Quién es usted?

—Bueno… Solo puedo decirle que no soy una chica de muelle, Absalon. Todo esto que usted ve es un… disfraz: el maquillaje excesivo, la minifalda, los ojos pintados, el collar barato, mi afición a la bebida, mi… relación con Stephen McCawly, mi desconocimiento de Harriett Beecher Stowe… —sonrió—. Todo eso es falso, Absalon. Harriett Beecher Stowe nació en Lichtfield, Connecticut, en mil ochocientos once, y murió, efectivamente, en mil ochocientos noventa y seis. Sucedió a su hermana Catherine en la dirección de una escuela. Estuvo casada con el eminente teólogo Calvin Stowe. Escribió la novela *La Cabaña del Tío Tom* en mil ochocientos cincuenta y dos… Es decir, la publicó en ese año. Ha sido traducida a todos los idiomas. En mil ochocientos cincuenta y

seis publicó otra novela, titulada *Dred*, que mostraba las mismas tendencias antiesclavistas. Y escribió también diversos libros sobre la vida social y ciudadana de Maine y de Nueva Inglaterra. Esta es, a grandes rasgos, naturalmente, la biografía de Harriett Beecher Stowe. Una especie de heroína para los negros… ¿No es así, Absalon?

—Quiero… quiero saber quién es usted…

—Lo lamento. Solo puedo decirle que estoy de parte de la Ley, de la Justicia. Si bien debo añadir que este no es uno de mis casos más representativos. Es más bien una cuestión… nacional, interna. Y temo que el señor Conway está pagando las consecuencias de querer cumplir con su trabajo.

—¿Conway? Mire, no comprendo nada… ¡No creo nada de lo que usted, está diciendo! Si no aclara un poco más su postura, temo que no vamos a entendernos, Marguerite.

—De acuerdo. —La muchacha sacó la pequeña radio del maletín y la accionó—. Se lo demostraré.

—Adelante —se había oído ya la voz en la radio.

—Soy Marguerite. Tengo necesidad de demostrar a alguien que estoy luchando en beneficio de los Estados Unidos y de los intereses generales de los americanos, tanto negros como blancos. Por favor: diga solamente para quién estoy trabajando.

—La CIA.

—Gracias. Eso es todo, por ahora.

Cerró la radio, y se quedó mirando amablemente al estupefacto Absalon Hunter.

—¿Y bien, Absalon?

—¿Usted… es una espía?

—Y contraespía —sonrió ella—. Dicen que la mejor del mundo. Por favor, Absalon, le estoy diciendo la verdad. Naturalmente, la CIA tuvo noticias de esta emisora clandestina, y se dedicó a localizarla con aparatos interceptores. Supimos que estaba en el *Little Boat*, y yo fui enviada a Baton Rouge para salirle al paso, meterme en el barco y descubrir toda la verdad… Y esa verdad, se lo aseguro, no está relacionada con la igualdad racial. Al principio, creímos que podría ser una maniobra del espionaje extranjero… Una maniobra de alcance imprevisible. Por ese motivo, la CIA me escogió a mí para intervenir en el asunto. Sin embargo, yo estoy

segura de que todo es mucho más sórdido y menos interesante políticamente de lo que parecía. Lo están engañando. Por lo que dijo Homer antes de que McCawly lo asesinase por la espalda, sé que se han repartido muchas armas para los negros a lo largo del río. Y que esas armas se están utilizando para algo delictivo, sin relación con sus derechos civiles. ¿Qué sabe usted de ello?

—Nada… ¡Nada, se lo juro!

—¿Cuál es su misión aquí?

—Yo… escribo las emisiones de la emisora «Negroes Rights», y luego las leo por la emisora clandestina. Eso es todo. Pero le aseguro que no sé nada de armas, ni de hechos delictivos, ni…

—Le creo. He oído todas sus emisiones, excepto quizá las dos o tres primeras. Las demás, han sido grabadas por la CIA. Y antes de presentarme en Baton Rouge a la espera del *Little Boat*, estuve en Washington, escuchando esas grabaciones. Además, le he oído a usted este mediodía. Pero, sobre todo, creo que le conozco bien. E insisto en que le están engañando… ¿Cuál es su propósito específico, Absalon, según le han dicho?

—Conseguir… conseguir la unión de todos los negros americanos, y pedir… un Estado para nosotros solos, dentro de Estados Unidos. No molestar, ni ser molestados. Independencia, igualdad, libertad.

—Casi parece el lema de la revolución francesa: igualdad, legalidad, fraternidad. Pero aquí todo mentira, Absalon. A usted, a sus amigos negros, a la emisora, los están utilizando de modo diferente. ¿Conoce a un jefe superior a Stephen McCawly?

—Pues… Sé que hay un hombre en Nueva Orleans… Es negro.

—¿Y qué? Siga. ¿Cuál es su nombre?

—Lo llaman Abe Pops… Es un negro viejo, tuerto, un poco… un poco contrahecho… Yo me entrevisté con él antes de ser asignado a la emisora N. R., con McCawly. Pero creo… creo que Abe Pops es tan hermoso por dentro como horrible por fuera, Marguerite.

—Quizás. ¿A quién más conoce?

—A nadie más.

—Imagino que usted no querrá convertir a todos los americanos negros en delincuentes, Absalon.

—¡No! ¿Por qué dice eso?

—Homer mencionó algo respecto a que las armas que el *Little*

Boat iba distribuyendo a lo largo del río se estaban utilizando para asuntos delictivos. Quería hablar con usted. Por eso, McCawly lo asesinó, de tres balazos en la espalda.

—Yo… no puedo creerlo…

—¿No? Bueno, cuando tenga oportunidad, baje al primer sollado. Encontrará allá el cadáver de Homer, y el de Carpenter. Están en el fondo de la carga, bien escondidos, porque todavía no han decidido qué hacer con los dos cadáveres.

—Si eso es cierto… usted me ha estado diciendo la verdad… Marguerite suspiró profundamente.

—Por el amor de Dios, Absalon… ¿es que acaso está dudando?

—No sé…

—Bien. Voy a hacerle otra demostración. —Abrió el maletín de nuevo, y sacó una de las viejas polveras; la destapó, quitó la almohadilla, y apareció un pequeño complejo metálico, del cual oprimió un diminuto botoncito—. Escuche a su amigo McCawly, si quiere.

La voz que se oyó fue la de Rollin, sin embargo:

—Está volviendo en sí, por fin. Le dio demasiado fuerte, capitán.

—Es muy poco comparado con lo que le va a pasar —se oyó a McCawly—. Acaba de despejarlo.

Se oyeron unos chasquidos que Absalon, al parecer, no identificó, porque miró interrogante a Marguerite, que sonrió fríamente.

—Son bofetadas —aclaró—. El micrófono que coloqué en el camarote de McCawly es tan sensible que incluso capta estos pequeños detalles. Pero escuchemos, Absalon… Escuchemos.

—¿Le están pegando a Conway?

—Desde luego.

—Pero… ¿por qué?

—Evidentemente, es un traidor a los propósitos de McCawly. Veamos si podemos saber, por fin, quién es realmente el amigo Conway.

Volvió a utilizar la radio de bolsillo, sonriendo ante el incesante asombro de Absalon. La voz del hombre se dejó oír inmediatamente:

—Adelante.

—Olvidé antes un detalle. Respecto a Conway. ¿Quién es él?

—Earl Mason Conway, agente especial del FBI.

—Lo suponía. Ese chico está ahora en apuros.

—¿Avisamos al FBI?

—Ellos ya deben de estar sobre aviso —rio Marguerite—. Me las arreglaré sola para ayudarle. Llamaré en cuanto pueda.

—*Okay*.

Una vez más guardó Marguerite la radio en el maletín rojo con florecillas azules, y se quedó mirando al desorientado Absalon Hunter.

—Bueno… La cosa se va aclarando por momentos, Absalon. Escuchemos lo que ocurre en el camarote de McCawly…

—¿Con… con quién ha hablado usted…?

—Compañeros de la CIA.

—Pero ellos… la han dejado meterse sola en este barco…

—Saben que nunca pierdo. Escuchemos.

Ahora sí se oía la voz de Stephen McCawly…

* * *

—¿No quieres decirlo, Conway? ¿Quién eres, qué estabas haciendo en el sollado, por qué mataste a Carpenter…?

—Está perdiendo el tiempo… capitán.

McCawly cerró furiosamente los puños, y, de pronto, disparó el derecho contra el rostro de Conway.

Fue un tremendo golpe en un ojo, que derribó de espaldas en la litera al agente del FBI.

—¡Quiero una respuesta, Conway!

Este se limpió la sangre que brotaba de su partido pómulo, sin alterarse. Estaba mucho más sereno que McCawly, más seguro de sí mismo, incluso.

—Mi respuesta es que está todo perdido, McCawly. Cuando lleguen a Nueva Orleans, los aniquilarán. Se acabó todo. El truco de la emisora clandestina ya no podrá ser utilizado. Ni uno solo de ustedes va a escapar.

—¿Lo impedirás tú?

—¿Yo? Bueno —rio secamente Conway—, me temo que yo podré impedir ya muy pocas cosas. Pero mis compañeros están esperando el momento de intervenir. No quedará del *Little Boat* ni

las cenizas.

—¿Quiénes son tus compañeros?

—Chicos decididos. A mí me tocó la peor parte: la de entrar en la tripulación… Y aguantaré hasta el final, McCawly, se lo juro.

—Bien… ¡Bien! No me gustó esto desde el principio, pero tuve que aceptarlo… Cuando te presentaste con la nota de Sam Travers, no me gustó. Pero él decía en esa nota que estaba enfermo, que tú eras de toda confianza… Y la nota no era falsa, Conway… ¿Cómo explicas eso?

—Convencimos a Sam Travers de que le convenía escribirla. Yo necesitaba una carta de presentación… de toda confianza. Y Travers la escribió. Voy a proponerle algo, McCawly: depongan las armas, entréguense, y veremos de arreglarlo todo del mejor modo posible.

—Eso es una fanfarronada, Conway.

—¿Eso cree? Bueno, pues siga con su juego.

—Quiero que contestes a mi pregunta. Quiero…

—Por mucho que quiera, yo nada le daré —aseguró fríamente Conway—. Le estoy ofreciendo un pacto, McCawly. Un juicio. Pero si usted me mata ahora, mis compañeros lo harán pedazos.

—Otra fanfarronada —sonrió McCawly—. Tus compañeros, sean quienes sean, no saben nada de lo que está ocurriendo… No has tenido tiempo de avisarles… En cambio, nosotros podremos llegar a Nueva Orleans, y mientras ellos esperan tu aviso, tendremos tiempo de escapar. ¿No es así, Conway?

El agente del FBI encogió los hombros.

—Le he dicho lo que hay, McCawly. Ahora, puede usted hacer lo que guste.

—Sí… Sí, eso voy a hacer… ¡Eso es lo que voy a hacer! Y te aseguro que me dará mucho gusto…

* * *

Marguerite se puso en pie de un salto.

—¡Lo van a matar! —exclamó.

—No… Lo están interrogando. Quieren saber…

—¡Lo van a matar!

—Pero…

Marguerite lo recogió todo de un par de manotazos, tirándolo

dentro del maletín. Antes de que Absalon Hunter pudiera darse cuenta, ya había salido del camarote…

Cruzó el pasillo corriendo, abrió la puerta y entró en el camarote de McCawly.

—Stephen, se nos han terminado los ciga… ¡Oh!

McCawly bajó la pistola, intentando ocultarla con una pierna. Su mirada, brillante, maligna, se clavó en los azules ojos de Marguerite.

—Te dije que no entrases aquí hasta que te fuera a buscar.

—Sí, pe-pero se… se nos terminaron los cigarrillos… Oh, Conway… ¿qué le ha pasado?

—Tuvo un accidente —dijo Rollin.

—Ah… Lo siento de veras… Yo puedo curarlo si me…

—Sal de aquí —gruñó McCawly.

Marguerite se quedó mirándolo como desconcertada.

—Pero, Stephen, es uno de tus hombres… Y es simpático… Yo puedo ayudarle. Fíjate, tiene sangre en la cabeza, en la cara, en las manos… ¿Qué le ha pasado?

Dejó el maletín bajo la litera, y tomó con dos deditos el rostro de Conway. Como estaba de espaldas a McCawly y Rollin, estos no pudieron ver la sonrisa que dedicó a Conway.

—Si tuviésemos astringente, yo podría…

—Marguerite, creo que eres una entremetida.

Ella se volvió hacia McCawly, y pareció asustarse al ver la furiosa expresión de este.

—Stephen… ¿Qué te pasa? ¡Solo quiero ayudar!

—Estás haciendo, precisamente, todo lo contrario. Esto es, molestar.

—Pero yo no quiero… Oh, estoy segura de que conozco a Conway… Me acuerdo ahora… Lo he visto antes en alguna parte… Pero no era marino, no… ¿Verdad, Conway?

—Está equivocada —comprendió el G-man la jugada de ella.

—No, no… Fue en San Luis… No… Quizá no… ¡Stephen, no me mires así! Me asustas… Estoy segura de que si dejas de mirarme recordaré a Conway… Claro que eso no tiene importancia ahora…

—Quizá la tenga… —sonrió de mala gana McCawly—. ¿Cuánto

tiempo, crees que vas a necesitar para recordarlo?

—No sé… Déjame pensar… ¡No consigo…!

Se oyó una llamada en la puerta del camarote, y McCawly autorizó la entrada con un gruñido. Bowles apareció en la puerta, con un papel en la mano.

—Un mensaje por radio, capitán. Acaba de llegar. Y es importante, Me Cawly lo cogió de un manotazo, lo leyó, y palideció intensamente.

—¡No! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —Se alarmó Rollin.

—El jefe… Viene al encuentro del *Little Boat*, con sus socios… Dice que no quiere que nos veamos en Nueva Orleans y que nos saldrá al encuentro para entregarnos las últimas instrucciones que deberemos repartir entre los negros armados.

—¡Hay que avisarle! —exclamó Rollin.

—¿Cómo hacerlo? Ya han salido de Nueva Orleans, en una lancha. ¡No podemos avisarles! Maldita sea…

—Y por si esto fuera poco, McCawly —dijo Conway—, muy pronto el *Little Boat* estará completamente rodeado. Es mejor que se dé por vencido. Acepte mi oferta, y podrá…

McCawly golpeó furiosamente el rostro de Conway, echándolo de nuevo hacia atrás, en la litera. Marguerite lanzó un gritito de espanto, y se llevó una mano a la boca… McCawly se volvió furiosamente hacia ella, y la derribó de un violentísimo golpe en una mejilla. La muchacha rodó por el suelo, y cuando iba a incorporarse, un pie de McCawly cayó sobre sus negros cabellos, reteniéndola así contra el suelo.

—Escucha esto, nena: quiero que recuerdes dónde has visto antes a Conway. ¿Está claro?

—Sí… Sí, Stephen… ¡Me haces daño! —chilló.

McCawly apartó el pie, y Marguerite se apartó rápidamente de él, mirándolo aterrorizada.

—¿Liquido a Conway? —propuso Rollin.

—No… ¡Desde luego que no! Sean quienes sean sus compañeros, es posible que acepten un canje: su vida por nuestra libertad. Eso, suponiendo que sea cierto que nos están rodeando. Vamos a dejar a Marguerite que intente recordar dónde vio antes a Conway. Mientras tanto, iremos a la radio, para ver si conseguimos localizar

la onda de la lancha del jefe… No lo creo, pero hay que intentarlo.

—Si él nos ha enviado ese mensaje, es porque ha puesto la onda del barco, ¿no?

—Desde luego. Pero la habrá variado inmediatamente. Lo lógico es que permanezca en la onda de los Guardacostas y navegantes normales, para captar posibles llamadas de socorro o aviso… ¡Qué estúpido soy! ¡Claro que podemos avisarle, por esa onda! ¡Vamos, Bowles! Tú, Rollin, quédate con estos… ¡Y vigílalos bien!

—Tranquilo, capitán.

Capítulo VIII

—Rollin —musitó Marguerite, cuando McCawly y Bowles hubieron salido—. Rollin, ¿quieres explicarme lo que ocurre?

—Nada importante, preciosa. ¿Qué tal si te dedicas a pensar en Conway? Es más guapo que yo, ¿no te parece?

—Oh, sí —sonrió tontamente Marguerite—. Creo que voy a curarle esas heridas, y así estoy segura de recordarlo.

—¡Quieta! ¿Qué pretendes hacer?

—Voy a ver si en mi maletín tengo algo que pueda servirle…

—Ah… Bien, de acuerdo.

—Rollin, ¿por qué me estás apuntando con esa pistola? ¿Qué es lo que ocurre?

—Tranquila, encanto. A lo tuyo.

—Sí… Bueno, no creo que tenga vendas en mi maletín, ni cosas de esas… ¿Puedo mirar en el botiquín de Stephen?

—Mira.

Marguerite abrió el pequeño botiquín, y sacó unas cuantas gasas y un par de rollos de vendas; también alcohol y cicatrizante…

—Parece que aquí hay de todo…

Rollin retrocedió, quedando pegado de espaldas a la pared, junto a la puerta.

Durante cinco minutos reinó el más absoluto silencio en el camarote, mientras Marguerite se dedicaba a atender con gran habilidad las heridas de Conway, cuyo ojo golpeado comenzaba a cerrarse bajo una tremenda hinchazón…

—¿CIA? —susurró Conway.

—Ajá. Gracias por su ayuda al salir manos en alto antes de que tirasen el gas…

—Nos habrían atrapado a los dos.

—Cierto. Oh, y gracias por librarme de Carpenter. Estaba desarmada en aquel momento.

—¿El maletín? —Sonrió crispadamente Conway.

—Hay de todo en él. No se preocupe, saldremos de esta.

—¿Quién es usted?

—La…

—¿Qué murmuráis? —interrumpió Rollin—. Si tenéis algo que decir, yo quiero oírlo… ¿Entendido?

—Sí, Rollin, perdona… Le preguntaba si lo conocía de la Policía…

—¿Y…?

—Dice que no. Pero yo estoy segura de que es algo así. Fue en San Luis, estoy segura… Hubo una redada en un bar, por… por… ¡No consigo recordarlo! Solo recuerdo que yo no tenía nada que ver con aquello, y que tuve que escapar como una gatita, por los tejados… Hasta hubo tiros y todo…

—Sigue recordando, encanto. Tendrás premio.

—¿No podría tenerlo ahora, Rollin?

—¿Ahora? —Alzó las cejas el marino.

—Bueno… Creo que lo he remendado bastante bien… Me merezco un trago, ¿no te parece?

—Déjate de tragos ahora. Y espabila la memoria, o lo pasarás mal.

—¿No puedo beber?

—No.

—Fue… —Marguerite entornó los ojos—. Sí… Fue con música. Estaba oyendo música… Estaba bailando con un tipo asqueroso, que no pensaba más que en manosearme mientras bailábamos… ¿Puedo poner algo de música, Rollin?

Abrió rápidamente el maletín, y sacó el transistor. Rollin iba a decir algo, pero acabó encogiendo los hombros. Marguerite empezó a moverse en cuanto brotó la música del aparato. Parecía una de esas chicas que se encierran en una jaula para bailar frenéticamente. Sus cabellos iban de un lado a otro, y sus manos se deslizaban por el prieto cuerpo, sensualmente. Los ojos de Rollin empezaron a brillar demasiado… Marguerite lo miró, y sonrió ahuecando sus cabellos con las preciosas manitas diminutas, maliciosos sus espléndidos ojos azules, que ni siquiera el exceso de maquillaje y sombreador podían afear. Conway contenía una dura sonrisa de conmiseración hacia Rollin. Vio a Marguerite quitarse del

cuello la cadenita de la cual colgaba la campanilla sin badajo…

En aquel momento, la puerta se abrió bruscamente, y todo el hechizo se rompió, desapareció.

Absalon Hunter entró bruscamente en el camarote, agitado, desencajado el rostro.

—He visto en el sollado el cadáver de Homer, Marguerite. Yo no sé lo que…

Había entrado con tanta precipitación, tan fáciles ya sus palabras, que solo entonces se dio cuenta de que ella no estaba sola, sino en compañía de Conway y de…

Quiso volverse. Entonces, Rollin lo derribó de un feroz golpe en la cabeza, propinado con la pistola. La expresión del marino había cambiado completamente.

—Ha visto a Homer… —musitó—. ¿Qué sabes tú de eso, perra? ¿Qué estáis tramando…?

Absalon estaba intentando incorporarse, y Rollin adelantó un paso hacia él y le atizó un brutal puntapié en los riñones. El negro apenas pudo gemir, por completo truncado su sistema respiratorio. Otro puntapié lo tiró de bruces…

Y para entonces ya era demasiado tarde para Rollin. Se había ladeado con respecto a Marguerite, y cuando quiso enmendar su error, ya no tenía tiempo. La muchacha se había colocado a su espalda, y la cadenita con la campanilla pasó velozmente ante los ojos de Rollin, que en el acto notó la ruda presión en la garganta.

—¡Aagggg…!

Conway saltó como un rayo hacia él, y le quitó la pistola de un manotazo. Inmediatamente, se ocupó de Absalon Hunter, que respiraba entrecortadamente en el suelo. Le dio la vuelta, lo incorporó un poco, y apretó suavemente con dos dedos por debajo de las orejas, abarcando la garganta del negro con una sola mano. Absalon respiró mejor apenas notó la presión de aquellos dedos… Y sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando vio a Marguerite, en pie ante ellos, colocada detrás de Rollin, estrangulándolo implacablemente con la cadena… Rollin había caído ya de rodillas, pero la muchacha del rostro excesivamente maquillado continuó apretando, sin vacilación, tenazmente, con una fuerza tremenda, increíble. Ni un solo músculo de su rostro estaba alterado. Estaba estrangulando a un hombre con una cadena: eso era todo.

—Cálmese… —Oyó el susurro de Conway—. Ella sabe lo que hace, Hunter. Y no necesita ayuda.

Absalon Hunter asistió, helado de espanto, al estrangulamiento de un hombre. Vio salir su lengua, desorbitarse sus ojos, tornarse morado su rostro… Por fin, Marguerite dejó de apretar. Quitó la cadena del cuello de Rollin, que cayó de bruces, como un saco. Y luego Marguerite hizo algo realmente horrible, a juicio de Absalon Hunter: volvió a colocarse la cadenita en el cuello.

—¿Está él bien, Conway?

—Creo que sí. Pero lo tiene muy asustado… Mmm… ¿Cómo debo llamarla?

—¿No le gusta el nombre de Marguerite? —Sonrió ella.

—Es bonito —sonrió Conway—. ¿Por qué no había de gustarme?

Ella volvió a sonreír. Fue a donde estaba la botella de *whisky*, la cogió y se la llevó a Hunter.

—Un trago es bueno a veces, Absalon. Beba.

—No… No bebo nunca…

—Beba.

—Sí… Está bien…

El negro tomó la botella, y Marguerite miró amablemente al agente del FBI.

—¿Usted no quiere un trago?

—Prohibido durante el servicio —casi rio Conway—. Pero estoy seguro de que me lo he ganado.

Tomó la botella de manos de Hunter cuando este la dejó, y bebió un largo trago.

—Vaya, demonios… Es un *whisky* bastante malo, pero sienta como bálsamo curalotodo… Supongo que ya no hay tiempo de impedir que McCawly haga esa llamada por radio. Tendremos que esperarlo aquí.

—Ya no puede tardar —dijo Marguerite.

—Espantará la caza… Quiero decir, las piezas más importantes de esta partida.

—Tenemos todavía una posibilidad, Conway.

—¿Sí? —Frunció el ceño el
G-man
—. Oh, creo que entiendo… No lo mataremos, entonces.

—Usted me entiende… —asintió la muchacha—. ¿Qué hacía en

el sollado? ¿Acaso no sabía dónde estaba la emisora?

—Desde luego que sí. Pero sabía lo de las armas, y quería encontrarlas para inutilizarlas antes de su entrega.

—Claro… ¿Se asustó de mí, y por eso no se dejó ver… hasta el momento preciso?

—Me estaba preguntando qué hacía allá la amiguita de Me Cawly. Tardé un poquito en comprenderlo, y entonces decidí estar a la expectativa.

—Parece que la niebla fue bien para muchos. Usted bajó al sollado, yo hice lo mismo pensando que todos estarían vigilando el curso de la navegación en la cubierta… Y los negros vinieron a buscar las armas en una lancha aprovechando también la niebla… ¿Qué cree usted que hacen esos negros con las armas, Conway?

Este miró a Hunter.

—Quizás él lo sepa.

—No, no… Absalon es un buen muchacho que ha sido utilizado aprovechándose de sus más puros ideales: un Estado Negro, para los negros americanos.

—¿Igual que una Reserva India?

—¿Le parece a usted mal? —Lo miró fijamente Absalon.

—Muy mal, Hunter. Y estoy seguro de que a Marguerite también le parece mal… ¿No es cierto, Marguerite?

Absalon la miró a ella, vivamente.

—¿Es cierto? —musitó—. ¿También a usted le parece mal…?

—En cierto modo —sonrió desganadamente la muchacha—. Espero que entienda, Absalon, que la integración en una sociedad o en un país no se obtiene por medio de la segregación.

—Los indios la han obtenido.

—Sí… Es cierto. Creo que quedan unos pocos miles de indios puros en Estados Unidos. Y, en cambio, hay veinte millones de negros… Si lo que usted quiere para ellos es que vivan aislados, separados, alejados de sus posibilidades de integrarse realmente en el pueblo americano, pues… yo no voy a discutírselo.

—Nos desprecian.

—No a todos… Ni todos los despreciamos. ¿Conoce el cuento de «El Patito Feo»?

—Sí…

—Bueno… Es algo parecido. El patito feo vivía triste y

humillado. Era de plumaje oscuro y más áspero, tenía el cuello raro, resultaba un poco torpe… Lo apartaron de la bandada de patos, o se apartó él, muy triste… Hasta que un día se dio cuenta de por qué resultaba feo como patito: era un cisne. Y cuando se dio cuenta de que era un cisne, vivió como un cisne, nadó como un cisne… Y todos lo encontraron muy hermoso, y cuando él llegaba nadie se apartaba, porque sabían que era un cisne, no un pato. Por tanto, era diferente. Tenía que ser diferente. Ni mejor, ni peor. Solo diferente. Y el «patito feo» demostró su inteligencia al no querer ser pato a toda costa. Él era un cisne. Diferente a un pato, mejor o peor que un pato…, pero era un cisne. Y como cisne, no como pato, vivió feliz hasta el resto de sus días en los transparentes lagos del Norte…, mezclado con los demás animales. No intentando ser un pato, o un alce, o un oso, o una foca… No. Vivió con ellos, siendo cisne. Mezclado, simplemente. Pero nunca queriendo ser pato, o alce, o foca…

—Creo… que la entiendo.

—Sería estupendo, Absalon. Pero, claro, esto son solo mis… ideas, mi modo de pensar. No tiene por qué ser también el suyo.

Absalon Hunter asintió con la cabeza. Estaba no poco asombrado, casi incrédulo.

—Y pensar que yo la tomé por una…

—Sstt —sonrió Marguerite—, no se deben decir palabras feas delante de una dama, Absalon.

—Lo siento. Yo quería decir que… que…

—Lo entiendo. Por cierto, estoy harta de este pesado maquillaje… ¿Vigila usted, Conway?

El agente del FBI asintió con la cabeza. Marguerite abrió su maletín, empezó a sacar frasquitos, y, utilizando el algodón y las gasas que habían sobrado de la cura hecha en la cabeza de Conway, empezó a diluir el maquillaje que cubría su rostro. Un maquillaje exagerado, ordinario, que los líquidos que empapaban las gasas y el algodón fueron desprendiendo del rostro, limpiándolo. Conway estaba un tanto asombrado, pero Absalon Hunter estaba turulato. En menos de tres minutos, el rostro lleno de afeites y exceso de pinturas desapareció. Y en su lugar quedó visible un rostro mucho más juvenil, más terso, más puro… Solamente los ojos no cambiaron. Lo demás efectuó tal cambio que aquella muchacha

parecía una persona diferente. La misma…, pero diferente. Un siglo más joven y bella… Comparada con la anterior Marguerite, aquella era casi una niña de grandes ojos azules y boquita sonrosada, sonriente, dulce…

—Buen trabajo —aprobó Conway.

—Un pequeño truco sin importancia —sonrió ella, como una jovencita halagada—. Espero que mi aspecto sea más de su agrado, Absalon.

—Usted… no parece la misma…

—Pues lo soy. Solo que antes parecía un patito feo…, y ahora soy un bello cisne. ¿Verdad que antes resultaba ridícula, Absalon?

El negro se mordió los labios.

—Sí… Creo que antes… resultaba ridícula. Yo…

—Ssst… Me parece que se acerca una visita…

Capítulo IX

Se oyeron claramente las pisadas en el pasillo. Luego, la puerta se abrió, y Stephen McCawly entró, tranquilamente. Con la misma tranquilidad, Marguerite se colocó ante él, sonriendo.

—Hola, patito guapo —dijo.

McCawly quedó un instante atónito. En el acto, sus ojos se desviaron hacia todos lados del camarote. Vio a Absalon sentado en un taburete, a Conway de pie en un lado de la puerta, pistola en mano… Y, sobre todo, se quedó mirando estupefacto aquel nuevo rostro femenino. El mismo, pero fresco como una flor. El mismo, pero diferente.

Todavía tardó un par de segundos en comprender que había sido engañado, a pesar de tener muy cerca el cadáver de Rollin, junto a los pies de Conway. Y cuando lo comprendió, llevó rápidamente la mano a su cintura, donde tenía la pistola…

Sorpresa sobre sorpresa.

Marguerite le asió aquella mano con su izquierda. Los finos deditos le dieron a McCawly la sensación de unas diminutas tenazas que apretaban horriblemente. Pero, además, al mismo tiempo, Marguerite tiraba de él hacia dentro del camarote, y mientras Conway cerraba la puerta empujándola con un pie, la mano derecha de la muchacha daba de lleno en la nariz de McCawly, de canto. McCawly vio ante él un surtidor rojo, notó el intenso dolor en la nariz, el zumbido en las sienes, el giro que todo empezaba a emprender raudamente…

Cuando, tras sacudir la cabeza, consiguió recuperar el sentido exacto de las cosas, estaba sentado en el suelo, y notaba algo caliente y viscoso resbalando desde su nariz hacia la boca, la barbilla, el cuello, el pecho… Vio las hermosas piernas ante sus ojos, y los alzó…

—¿Llamaste a Abe Pops, querido? —le preguntó Marguerite.

—Sí…

—¿Qué le dijiste? ¿Que no viniese al encuentro del barco?

—Sí…

—Mal hecho. Tendremos que buscar el medio de convencer a Abe Pops y sus socios de que deben venir a abordar el *Little Boat*… ¿Se te ocurre algún modo, cariño?

—No.

—A mí, sí —sonrió juvenilmente Marguerite—. Y te lo voy a explicar, porque espero tu colaboración. Vamos a ver… Una buena idea sería volver a llamar, para decirles que todo ha sido arreglado. Les dirás que Conway es un agente del FBI, y que antes de ser apresado por ti había enviado ya un mensaje a Nueva Orleans, de modo que a Abe Pops y a sus amigos los están esperando allá, y que, en cambio, no hay peligro en el *Little Boat*, porque también el FBI lo está esperando en Nueva Orleans, sin molestarse en salirle al paso en el río. De tal modo, que podéis volver río arriba, hasta Baton Rouge, ya que allí no hay vigilancia. Entonces, Abe Pops y sus socios podrán tomar un avión en Baton Rouge, para salvar el pellejo, al menos. ¿Lo has entendido, patito mío?

—No lo haré.

—¿Eso crees? Muy bien, Conway: es todo suyo.

—Muy agradecido —masculló el
G-man
.

McCawly quiso volverse hacia el hombre del FBI, pero recibió tal puntapié en los riñones que quedó como convertido en una estatua, lívido el rostro, abierta la boca…, pero sin poder tragar aire. Un segundo puntapié, ahora en el hígado, lo tiró de lado. Ante sus ojos todo tomó un tono negro, insondable. Todo giraba vertiginosamente. Todo tenía presagio de muerte.

Notó el contacto de *whisky* en su boca, y se agitó. Alguien lo sentó, rudamente. Cuando abrió los ojos, Marguerite estaba ante él, con la botella de *whisky* en una manita, sonriendo heladamente.

—Parece que se ha recuperado, Conway. Siga con él.

McCawly fue a hablar, pero un puntapié en la boca lo tiró de espaldas, partidos los labios y algunos dientes… Se arrastró histéricamente hasta un rincón, gritando:

—¡Lo haré!… ¡Lo haré!

—Pero qué flojo eres, querido —oyó la voz de Marguerite—. Estoy segura de que Conway habría aguantado mucho más. En fin… No es lo mismo un patito feo que un agente del FBI o de la CIA. Toma la botella, enjuágate la boca, límpiate la carita, y, ante todo, harás una llamada general por los altavoces del barco. Dirás que Conway ha escapado al sollado, que se ha encerrado allí, y que llevaba una carga de plástico, con la que se dispone a volar el barco, de manera que si no lo abandonan, ellos también volarán… para siempre. Diles que salten por la borda antes de un minuto. ¿Alguna duda?

McCawly movió negativamente la cabeza. Acabó de limpiarse la sangre, se puso en pie y se acercó al micrófono. Estaba a punto de abrir la admisión cuando Marguerite advirtió:

—Y quiero una buena actuación, patito feo. Que sea… absolutamente convincente. Empieza.

McCawly abrió el micrófono, y empezó a gritar la advertencia, que llegaría hasta el último rincón del barco.

Cuando terminó, de su nariz volvió a brotar sangre, así como de los labios.

El rostro estaba congestionado…

Marguerite aplaudió elegantemente, con sus delicadas manitas.

—Perfecto, querido. Parece que te has dado cuenta de que tu vida depende de mi benevolencia. —Miró su relojito y sonrió—. Estoy segura de que antes de un minuto estaremos solos en el barco. Mientras pasa ese minuto, ten la amabilidad de contestar con la mayor rapidez posible a mis preguntas. Veamos, ¿para qué querían las armas los negros?

—Para… para cometer atracos y robos… Todos ellos importantes.

—Muy bien. ¿Qué papel juega en todo esto la emisora «Negroes Rights»?

—Es… una manera de tener contentos a los negros. Así, si en alguna ocasión uno de nuestros… ladrones necesita ayuda, se la prestan incondicionalmente, porque están convencidos de que todo es en bien del nuevo Estado Negro…

—Entiendo, por tanto, que la mayoría de negros son honrados, y que solo un grupo… escogido se dedica a sacar partido de los ideales de paz y fraternidad que proclama la emisora «Negroes

Rights». Esos criminales escogidos son los que van recibiendo las armas durante el viaje río arriba y abajo, así como las instrucciones para atracos, robos, asesinatos…

—Sí.

—Por ejemplo, el negro que esta mañana hemos encontrado linchado… No es cierto que fuese el Ku Klux Klan quien lo linchó… Fueron dos hombres, llamados Cranston y Lester, con los cuales hablaste anoche en el Dusty River Snack… Mataron al negro, le pintaron las letras KKK, y lo colgaron bien visible al paso del barco, para que Absalon lo viese… y tuviese motivos para efectuar una emisión iracunda por medio de la N. R. Igual que otras veces… ¿Cierto, Stephen?

—Sí.

—De donde se desprende que estáis utilizando a Absalon y su facilidad oratoria, su bien saber dirigirse al pueblo negro, para ir convirtiendo a todos ellos en cómplices de robos y asesinatos que planea el contrahecho y todopoderoso Abe Pops. Es decir, que estáis utilizando los ideales de un hombre honrado, y las ansias de libertad e igualdad de veinte millones de negros para vuestros propios fines. ¿Correcto?

—Sí… Sí, correcto…

—Supongo que ya habéis… recaudado bastante, querido.

McCawly tragó saliva.

—La última vez que vi a Pops, dijo… dijo que pronto llegaríamos a… a los veinte millones de dólares, y que… que pronto repartiríamos los beneficios entre los más importantes miembros del grupo…

—¿Quiénes son ellos?

—Abe Pops y tres más. Los cuatro venían hacia aquí en la lancha…

—Y tú, naturalmente.

—Sí.

—Bien… Supongo que Abe Pops vive en Nueva Orleans, y que debe de tener el dinero escondido en lugar seguro de su propia casa… ¿Dónde vive Pops, querido?

—En el Vieux Carré… En el dieciséis de Basin Street. Él es… un viejo criado en aquella casa.

—Supongo que es de esos que estaría planeando cortarles el

cuello a quienes lo tienen empleado. Un negro resentido en todos los aspectos, Stephen... Debería darte asco haber aceptado trabajar para él... ¿Por qué lo hiciste?

—Me pagaba bien. Yo puse el barco, y él me... me pagaba muy bien.

—Pues se terminó. Ahora...

—El barco... —musitó Conway—. ¡Estamos navegando a la deriva!

—Al fin solos —sonrió Marguerite—. Supongo que podrá gobernar este barquichuelo, Conway.

—Desde luego. Los espero arriba. ¿O prefiere...?

—Suba enseguida, no se preocupe por nosotros... Mi querido Stephen tendría que ser más listo, muchísimo más listo, para engañarme a mí... ¿No es cierto, querido mío? Andando detrás de Conway. Tienes que llamar a Abe Pops, querido.

* * *

—Lo has hecho muy bien, Stephen. Espero que ellos vendrán a toda prisa al encuentro del *Little Boat*... Ahora, siéntate ahí y estate quietecito... Absalon, deje de mirarlo así.

Estaban los cuatro en la cabina de mandos, los cuales se hallaban en manos de Conway. Marguerite no dejaba de vigilar a McCawly, y Absalon Hunter lo miraba en silencio, fijamente. Con una fijeza terrible. No había abierto la boca desde que McCawly había contado la verdad, pero su expresión hermética, al parecer impasible, no podía engañar a la chica de los muelles.

—Lo voy a matar —murmuró al fin Absalon roncamente—. ¡Lo voy a hacer pedazos con mis manos, y lo...!

—Calma. Por favor, póngase junto a Conway, Absalon. Usted, querido capitán, allá, en el rincón, de espaldas a mí. Eso es...

Sacó una vez más la radio de su maletín, y la accionó.

—Adelante —se oyó en el acto.

—Hola... —sonrió Marguerite—. ¿Por dónde están ustedes?

—Por todas partes. Yo, personalmente, con dos compañeros, estoy navegando por delante del *Little Boat*, hacia Nueva Orleans. Pero detrás llegan más, con una gran lancha remolcadora... Dejaron localizados a Cranston y a Lester, en Baton Rouge.

—Pues ya puede ordenar que los cacen. Y ahora, respecto a la tripulación del *Little Boat*, está nadando por el río…

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Secreto profesional. Avise al remolcador que vaya recogiendo esos peces de río.

—De acuerdo. Que apresen a Cranston y a Lester, que recojan a unos tipos en el río los del remolcador… ¿Algo más?

—Bueno… Un par de negros se llevaron unas cuantas armas de aquí, del barco, pero no creo que las utilicen cuando sepan que todo ha terminado. Se disolverán.

—Se disolverán… ¿quiénes?

—Unos cuantos granujas. Ya se lo explicaré.

—Bien… He aprendido a tener paciencia, con usted… ¿Qué le parece que debo hacer yo, ahora?

—Esperarme en Nueva Orleans.

—¿Con la botella de champaña?

—Por supuesto, querido… ¿Qué sabe del FBI?

—Estamos en contacto. También tienen agentes esperando en Nueva Orleans, y en el río… Están esperando noticias de Conway.

—Pues dígales que está bien, y que ni ellos ni ustedes deben intervenir ahora, vean lo que vean.

—Entiendo… Espero que no tendré que beberme yo la botella de champaña…

—Llegaré puntualmente. Me encanta el champaña. Hasta luego.

Capítulo X

La lancha quedó fijada al barco por los pivotes de estribor, y los cuatro hombres ascendieron por la escalerilla. Uno de ellos, en efecto, era viejo, tuerto y contrahecho, de aspecto absolutamente perverso y maligno. Y fue el que habló:

—¿Qué ha ocurrido, McCawly?

—Abajo se lo explicaré, Pops. Reúnase con Absalon… Los está esperando en mi camarote.

—Bien… ¿Tenemos tiempo?

—Ordenaré inmediatamente que el barco vuelva río arriba. Como les dije por la radio, podremos escapar en avión desde Baton Rouge, si todo va bien…

—¿Qué ocurre aquí? —musitó otro de los negros—. ¿Dónde está la tripulación?

—Escondida en lugares estratégicos, por si surge algún contratiempo.

—Bien… ¿Y ella? —El negro señaló a la muchacha que estaba detrás de McCawly—. ¿Quién es?

—Una chica que recogí en Baton Rouge. Una historia diferente. Ya les contaré. Bajen mientras voy a decirle al timonel que dé la vuelta.

—Está bien.

Los cuatro negros descendieron a los camarotes. Apenas hubieron desaparecido de la cubierta, McCawly se volvió hacia Marguerite.

—Espero… que estés satisfecha de mi trabajo.

—Muy satisfecha, querido.

—Bien… Prometiste dejarme escapar si colaboraba…

—Lo prometí, es cierto.

—Entonces… ¿puedo saltar?

—Stephen —la azul mirada se endureció, se congeló—, tú me

debes algo, ¿no crees? Yo realicé un gran esfuerzo, un sacrificio personal para poder estar en tu barco con tu… aquiescencia. Me debes algo de Baton Rouge. Te di algo que no merecías. Era mi trabajo, ciertamente, pero no lo merecías. En estos casos, siempre mato a mi personaje de turno.

—Pero tú… has prometido que podría saltar al río, alejarme. Me has dicho que me darías esa oportunidad…

—Y te la voy a dar. Es más, querido: voy a ayudarte a saltar.

Los dos disparos fueron hechos a quemarropa, fríamente, contra el estómago de Stephen McCawly. Este lanzó un fuerte gemido, se encogió y quedó apoyado de espaldas en la borda, mirando con expresión desorbitada a Marguerite. Sus labios temblaron convulsivamente antes de poder musitar:

—Asque… asquerosa em… embustera…

—Es la última lección que aprendes en la vida, querido: jamás te fíes de un espía. Adiós…, amor mío.

Lo empujó, y el cuerpo de Stephen McCawly rebasó la borda… Todavía se oyó su último grito.

Luego, nada.

Marguerite se volvió hacia la cabina de mandos y alzó una manita, en simpático saludo. Tras los cristales, el agente del FBI contestó al saludo, también con una mano, mientras la otra continuaba manteniendo firmemente el rumbo hacia Nueva Orleans.

Marguerite desapareció hacia los camarotes.

* * *

—No comprendemos a qué vienen tantas preguntas, Absalon —refunfuñó Abe Pops—. Me parece que no estamos en condiciones de perder tiempo en estas cosas.

—¿Por qué no? —musitó Hunter—. A fin de cuentas, nosotros no estamos gobernando el barco. Podemos conversar mientras continúa el viaje.

—Está bien. Conversemos. ¿Qué me había preguntado…?

—Respecto a la emisora… Estoy pensando que quizá no sea suficiente.

—¿Suficiente? ¿Para qué? No comprendo… Ya le dije que se

estaba trabajando en todos los sentidos, y que a usted le había correspondido la emisora, por su agradable voz, su inteligencia, su facilidad para hablar a la gente…

—Sí, sí, sí… Pero opino que, además, deberíamos armar a nuestros compañeros negros, Pops.

—¿Armarlos? —musitó el tuerto contrahecho.

—Sí… Y entrenarlos bien para robar y matar. No se correrían grandes riesgos. En momentos de apuro, gracias a mi emisora, todos los negros de Estados Unidos ayudarían a nuestros ladrones y asesinos, porque estarían convencidos de que todo era en beneficio del nuevo Estado Negro. ¿No le parece una buena idea, Pops?

Abe Pops se quedó mirando fijamente, con su único ojo, al apuesto y amable Absalon. Luego, el ojo se desvió hacia los otros tres negros.

—Lo sabe… —musitó—. Se ha enterado.

—¿De qué, Pops? —Sonrió fríamente Hunter.

—Se ha enterado de todo… Algo raro está ocurriendo en este barco. Creo que hemos cometido un error al venir aquí.

—Es posible, Pops. Pero antes quisiera que me dijese la verdad. Quiero que me la diga usted mismo, igual que antes lo hizo Stephen McCawly. ¿Es cierto que…?

—¡Usted se ha enterado ya, Hunter! No hay nada más que hablar. Nosotros…

—¿De modo que es definitivamente cierto? —susurró Absalon—. ¿Y dice que no hay más de que hablar? Se equivoca, Pops. Queda algo… Poca cosa, desde luego. No hace mucho, dije que usted era tan hermoso por dentro como horrible por fuera. Y no. No… Es todavía más horrible por dentro que por fuera. Me engañó con sus palabras, con su falsa bondad, con su sacrificio silencioso y anónimo por lo que a mí me pareció una causa hermosa… Solo que usted, Pops, es horrible por dentro y por fuera. Usted es el patito feo… sin posibilidades de ser cisne jamás… Un resentido, un ser deforme lleno, de odio… Y para enriquecerse, nos ha utilizado a los demás, contra los blancos, que son, simplemente, alces, o focas…

—¿Está loco? —Gruñó al fin Pops—. ¡No quiero perder más tiempo escuchándole! Volvamos a la lancha… ¡Tenemos que abandonar este barco cuanto antes!

—No creo que lo logren.

—Pues yo creo que sí. Pero antes de marcharme…

Una pistola apareció en la mano de Abe Pops, pero ni siquiera tuvo tiempo de apuntar a Hunter… La puerta se abrió, Marguerite apareció en el umbral, y disparó contra la espalda de Pops, en el hombro derecho. El viejo contrahecho lanzó un alarido, y salió disparado hacia delante, girando, soltando su pistola… Otro de los negros intentó abalanzarse contra Marguerite, pero esta apretó tranquilamente el gatillo, y la bala se clavó en el corazón del hombre, que cayó de rodillas primero y de bruces después, muy abiertos los ojos. Los otros dos quedaron como petrificados.

—¿Nadie más quiere moverse? —Sonrió fríamente ella—. A su jefe solamente lo he herido porque tendrá que decirnos dónde están los veinte millones. Pero los demás no resultan tan importantes… ¿Nadie quiere intentar nada? Magnífico. Tengan la bondad de volverse de espaldas a mí otra vez… Así… Muchas gracias.

Golpeó al negro de su derecha, que cayó de rodillas como fulminado. El otro reaccionó instintivamente, queriendo apartarse, pero el golpe ya estaba en camino hacia su cabeza. La pistola chascó allí fuertemente, derribándolo. El primero se estaba resistiendo, pero un segundo golpe acabó de abatirlo.

Marguerite se volvió hacia Hunter, que parecía ausente, hipnotizado.

—Busque algo con que atarlos bien, Absalon. Y… Oh, oh, oh…

Abe Pops se había arrastrado hacia donde había caído su pistola, y su mano derecha estaba a punto de alcanzarla cuando Marguerite volvió a disparar, siempre fríamente, sin alterarse. La mano de Abe Pops estalló en rojo y negro, reventada por el balazo, y Pops se encogió, gimiendo, estremecido de dolor y sollozos. Absalon Hunter lo miró, con la expresión turbia, peligrosa. Dio un paso hacia él, pero Marguerite se colocó entre ambos, sonriendo dulcemente.

—No, Absalon. No se ensucie por él. Deje que estas cosas sucias las hagamos quienes ya estamos acostumbrados. Siga como es ahora: honrado y limpio.

—Quisiera… estrangularlo…

—Lo comprendo. Pero no vale la pena. Será juzgado y ahorcado. Igual que sus socios. Eso es todo. ¿Puedo confiar en que los atará bien, sin ejercer violencia en ellos?

—Sí… Lo haré. Usted… usted tiene razón, Marguerite.

—No lo dude. Le espero en la cabina, con Conway.

—Está bien… ¿Y McCawly?

—Ha emprendido un largo viaje, que solo tendrá fin cuando suenen las trompetas del juicio final. Hasta ahora, Absalon.

* * *

—¿Los ha dejado bien atados?

Absalon Hunter asintió con la cabeza.

—Incluso he vendado provisionalmente las heridas de Pops.

—A eso le llamo yo integridad, Absalon. Bien… Todo está arreglado. He llamado a mis compañeros, el FBI está advertido también… Conway y yo hemos llegado a un acuerdo respecto a la solución final del asunto.

Hunter se colocó ante el cristal, mirando hacia el río, cuyas nieblas se mostraban alternativamente espesas o claras. Conway conducía el barco con toda naturalidad, y muy expertamente, además.

—¿Qué acuerdo?

—Consideramos que es un caso del cual debe encargarse definitivamente el FBI. De manera que cuando lleguemos a Nueva Orleans yo desapareceré, simplemente. Nadie le hará preguntas sobre Marguerite Vioule, Absalon… Por tanto, no tendrá necesidad de mencionarme.

—Entiendo. ¿Qué ocurrirá conmigo?

—No lo sé —musitó la muchacha—. Tanto Conway como yo pensamos que se podrá conseguir una solución aceptable, pero no podemos garantizarlo. Sin embargo, si quiere escapar antes de llegar a Nueva Orleans, nosotros no lo impediremos.

Absalon Hunter se volvió hacia la muchacha, y se quedó mirándola fijamente. De pronto, los dos sonrieron.

—Está bien. —Rio Marguerite—. Era la última prueba, Absalon. Estaba segura de que no querría escapar. Lo aceptará todo, con sus consecuencias, ¿no es así?

—Desde luego.

—Mis respetos. Y ahora —miró su relojito— creo que será mejor que bajemos a ver esa emisora clandestina. Hay que preparar la emisión de las doce de la noche.

Absalon Hunter la miró sobresaltado.

—¿Cómo…?

—¿Por qué no? —susurró Marguerite—, estoy segura de que usted tiene algo que decir a sus amigos, Absalon. Lo están esperando… Y a la hora en punto, esa emisión tiene que estar en el aire. No hay que defraudar nunca a los amigos. Dígales… lo que usted crea justo, y despídase de ellos. Desde luego, no está obligado, claro.

—Lo haré… ¡Lo haré! Y gracias. —Miró también a Conway—. Gracias a los dos por esta oportunidad.

* * *

—Ha sido una hermosa emisión —sonrió Marguerite—. Y una despedida emocionante, Absalon.

Hunter estaba mirando tristemente el micrófono de la emisora clandestina.

—Espero… —musitó—. Espero que ellos no se sientan defraudados.

—Lo están. Y mucho. Pero no con usted. Es de suponer que lo sucedido les hará recapacitar. Volvamos arriba… Pronto tocaremos puerto en Nueva Orleans… Ah, Absalon, quisiera pedirle un favor…

—¿Usted a mí?

—Es un favor… de tipo personal, casi.

—El que sea, está concedido, Marguerite.

—Muchas gracias. Una amiga mía se pondrá en contacto con usted en cuanto sea posible. Es periodista. Me gusta ayudarla de cuando en cuando a conseguir buenos artículos, y quisiera que usted le facilitase lo necesario para escribir sobre lo sucedido. Al mismo tiempo, ella pondrá a todo el país al corriente de este asunto, ya que dudo mucho que el FBI, y sobre todo la CIA, le den excesiva publicidad.

Los ojos de Hunter brillaron alegremente.

—¡Informar a todo el país…! —exclamó jubiloso—. Me pregunto quién hace el favor a quién, Marguerite.

—Subamos —sonrió ella—. Ah, por cierto, el nombre de mi amiga la periodista es Brigitte Montfort, y trabaja en el *Morning News*, de Nueva York.

—Lo recordaré.

* * *

Marguerite abordó la lancha, ayudada por un hombre, que sonrió y le dio una palmadita en un hombro.

—¿Todo bien, preciosa?

—Todo bien... —Ella se volvió hacia el barco—. Todo muy bien.

Muy cerca, se veía el *Little Boat*, ya amarrado a uno de los muelles de Nueva Orleans. No menos de diez hombres habían subido a bordo apenas ello fue posible. Dos de ellos estaban conversando con Conway, en cubierta, junto a la borda. Otros dos descendían por la pasarela, llevando ante ellos a Absalon Hunter, hacia un coche que se veía delante mismo del barco, casi tocando la escalerilla. La noche era fría, húmeda, y persistía algo de niebla... Nadie parecía darse cuenta de nada.

—¿La destapo ahora?

Marguerite se volvió. Vio la botella de champaña, la sonrisa del hombre.

—¿Por qué no? Y... ¿sabe una cosa?

—¿Qué cosa?

—Me gustan las personas que saben perder..., aunque solo sea una apuesta. ¿Por quién brindamos?

—¿Por quién ha de ser? ¡Por la mejor espía de todos los tiempos!

—Salud —sonrió Marguerite.

Este es el final

Le habían avisado de que una tal señorita Montfort le esperaba en la sala de las visitas especiales, y un guardia lo llevó hasta allí. Le abrió la puerta; señaló hacia dentro, y cuando él hubo entrado, volvió a cerrar, quedándose afuera.

Absalon Hunter miró a la señorita Montfort, y quedó como fulminado por un rayo.

—¡Usted…! —exclamó—. ¡Marguerite!

La hermosa mujer que le visitaba alzó las cejas, en una expresión simpática y divertida.

—¿Perdón, señor Hunter…?

—Marguerite… ¡Ha venido a visitarme!

—Me temo que se confunde, señor Hunter. Mi nombre es Brigitte Montfort, y soy periodista, del *Morning News* de Nueva York.

Absalon Hunter parpadeó. Desde luego, la señorita Montfort era lo más opuesto a Marguerite Vioule. Se la veía elegante, correctísima con su abrigo de pieles, su casi inexistente maquillaje, sus modales sobrios y perfectos, su dulce sonrisa… Ante él tenía a una auténtica dama, muy joven, tan hermosa como jamás Absalon Hunter había pensado que pudiera existir mujer alguna. Tan elegante, tan fina, tan delicada… Pero aquellos ojos azules… No era posible que hubiera en el mundo otro par de ojos como aquellos.

—Sí… —musitó Hunter—. Ya me dijeron que… que vendría a visitarme una señorita llamada así… Supongo que querrá hacerme… algunas preguntas.

—Oh, señor Hunter, espero que usted me lo explique todo… Por cierto: ¿se ha enterado de que alguien ha conseguido que su condena sea de seis meses solamente?

—¡Seis meses! —Brillaron los ojos de Hunter—. ¿Está segura de lo que dice?

—Absolutamente.

—Es… una magnífica noticia, Marguerite…

—Mi nombre es…

—Oh, sí… Perdone, señorita Montfort… Es que usted… me recuerda mucho a Marguerite…

—Francamente, señor Hunter, no sé de quién me está hablando.

—Bueno, ella… ella es una agente de la CIA. Dijo que era su amiga, y que la enviaría para ayudarla a conseguir un buen reportaje.

—Ah, sí… Bueno, usted se refiere a…

—A Marguerite.

—Es que ese no es su verdadero nombre, señor Hunter.

—Lo sé —sonrió el negro—. Sé ahora cuál es su verdadero nombre. Pero puede decirle a… a esa espía, que nunca la traicionaré, y que si alguna vez me necesita podrá contar conmigo inmediatamente, para lo que sea.

—Es usted muy generoso, señor Hunter.

—Y usted muy hermosa, señorita… Montfort. Y me recuerda usted extraordinariamente a Marguerite. Solo que… hay una gran diferencia, ahora que la miro bien a usted. Usted es… una dama. Y Marguerite solo conseguía parecer… ¿cómo le diría yo…?

—¿El patito feo? —Sonrió la señorita Montfort. Absalon Hunter sonrió anchamente.

—Algo así.

—Bueno, señor Hunter, pero usted ya sabe que el patito feo resultó ser un hermoso cisne.

—Es cierto… Es cierto, señorita Montfort: el patito feo del muelle de Baton Rouge ha resultado ser… el más espléndido cisne del mundo. Pero si vuelve usted a ver a Marguerite… ¿querrá decirle que nunca la olvidaré?

Se quedaron mirándose los dos, fijamente. Por fin, Brigitte Montfort, alias Baby, la más peligrosa agente del espionaje internacional a las órdenes de la CIA, asintió con la cabeza, y musitó:

—Ella ya lo sabe, Absalon.

FIN